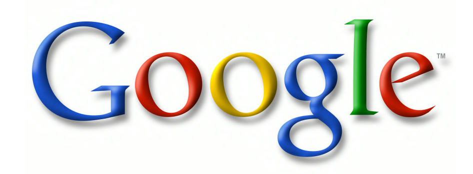





M
1895
DOMI MINA
NUS TIO
ILLU MEA
Taylor Institution.

W A P Martin

POESÍAS PÓSTUMAS

DEL DOCTOR

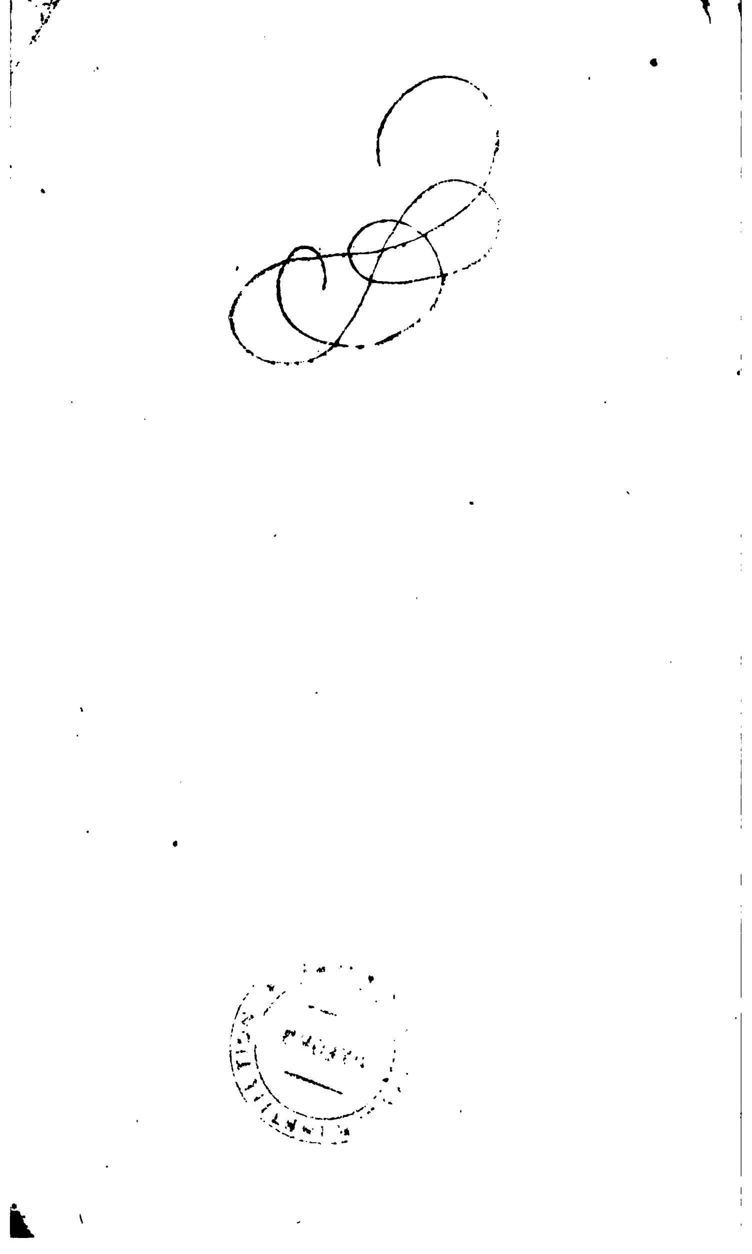
DON JAIME BALMES

PRESBÍTERO.



BARCELONA.
IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA,
calle Nueva de san Francisco, 17.

1870.



PRELIMINAR.

Una perla faltaba á la diadema, con que aparece coronada en el mundo literario la figura del Doctor D. Jaime Balmes. Sus biógrafos y apologistas lo han considerado como publicista, como historiador, como teólogo, como matemático, como filósofo, como político, como literato; pero no habian aun visto la luz pública datos suficientes, por los cuales pudiese ser calificado como poeta. Una que otra produccion diseminada por algun periódico ó conocida de sus solos amigos nos revelaba únicamente que su vastísimo talento no era ajeno al mecanismo de la versificacion, ni tampoco al genio de la poesía. Vate muchas veces en medio de sus escritos, descubria la facundia inagotable de su imaginacion, y la riqueza de sus recursos oratorios. Dedicado á estudios serios y profundos, capaces de absorber una inteligencia tan elevada como la suya, no era fácil sospechar que tuviese lugar y holgura para entregarse ni un momento al ameno pasatiempo de ligeras y donosas composiciones, ni menos aun á delinear con vivas pinceladas inspiraciones grandes y elevadas. Si á los estu-

dios de su larga y variada carrera, y á las vigilias indispensables para acumular los materiales inmensos de sus obras de ciencia, se añaden los deberes diarios del sacerdocio, que exactamente cumplia, y los del profesorado de matemáticas que desempeñaba en la ciudad de Vich, su patria; sorprenderá en verdad que se publique ahora un tomo entero de sus composiciones en verso, de distintos géneros, en las cuales la agudeza y el gracejo alternan con la imponente gravedad, y la risueña melodía con toda la magnificencia de un estro sublime.

Esta es sin duda la primera vez, en que los escritos de Balmes han necesitado de una ligera revision. Recogidos de descuidados manuscritos, trazados precipitadamente en cortos instantes de solaz ó de inspiracion, hubieran salido limados por la pluma del autor, si este se hubiese propuesto el publicarlos. (a)

(a) Léanse en prueba de esto los siguientes fragmentos de una carta que desde Vich y con fecha de 22 de julio de 1839 dirigió el autor á un amigo suyo de Barcelona: «Segun veo por la car»ta que acabo de recibir de Ferrer y Subirana, Vds. creyeron »que yo trataba de publicar desde luego las poesías; tal vez mi »mal modo de expresarme lo daria á comprender así, pero no era »este mi pensamiento. Si mal no me acuerdo, les decia que con»taba gastar algun tiempo en bruñirlas, y en tales materias este »tiempo no debe ser poco..... juzgo que las poesías, sino bue»nas, á lo menos no fueran despreciables, pues si pensara de otro »modo, no habia de ser tan lerdo que tratara de publicarlas.... »parece que Ferrer recela que yo no me precipite; mal me co»noce: una cosa es una publicacion que ocupa el ángulo de una »hoja periódica, y otra cosa es un libro: á buen seguro que no »soltaria yo el cartapacio de la mano, sin haberme despedido de »él millares de veces. Al menos puedo asegurarles que todo se»ria enteramente original, que ni siquiera se hallarian allí imita-

Mas ahora han debido sufrir en honor suyo la misma revision que si él la hubiese confiado á la intimidad de un amigo, revision que, practicada con todo el respeto debido al eminente escritor, se ha limitado á lo mas preciso, á simples descuidos de correccion en borradores informes y apenas legibles. No se ha añadido ó substituido una palabra que no fuese necesaria para enlazar el sentido, y muchas veces la alteracion ha consistido en invertir simplemente el órden de las palabras. Se ha pensado proceder en esta operacion con la misma delicadeza con que obraria un pintor, á quien se confiase retocar de un cuadro de Rafael ó de Murillo los cortos y casi imperceptibles intersticios debidos al tiempo ó á la polilla.

En las poesías de Balmes se nota ante todo una circunstancia, aplicable hasta cierto punto á todas sus obras, la doble influencia de las dos escuelas, la antigua y la moderna. Aquella con su regularidad, con su juicio, con su fondo; esta con sus formas, con su brillo, con su aparato. Otra particularidad se nota en Balmes en todos sus escritos, y es una propension á dejar agotada la materia, es decir, á presentar el objeto bajo todos sus aspectos sin dejar cebo á la penetracion del lector. En prosa y en producciones puramente didácticas esta amplificacion oportuna, que

»ciones, y que versan las poesías sobre objetos mirados bajo pun-»tos de vista, que, segun mi parecer, no acostumbran hacerlo »ahora los poetas que figuran en España...»

De la data de esta carta se infiere que las poesías en cuestion estaban ya escritas antes que el autor publicase ninguna de sus demás obras, y que las compuso durante la época que precedió al año trigésimo de su edad.

en Balmes nunca degenera en difusion ni en languidez, es una calidad apreciable que garantiza la clara inteligencia de la doctrina para la generalidad de los lectores. Pero la inspiracion poética no admite por lo regular este completo desarrollo del pensamiento. Así es cómo algunas veces, á pesar de un asunto felizmente escogido, fondo interesante, riqueza de imágenes, distribucion magnífica de plan, y hasta delicadeza de colorido, échase de menos el éxtasis poético, la férvida animacion en el conjunto. Es que la fantasía, aunque ardiente y fecunda, no siente aun la presencia de aquel númen que arrebata; es que el pensamiento no sabe desprenderse de ninguno de los tesoros que la imaginacion acumula, es que la lira se halla en manos del filósofo.

Despues de este ligero tributo pagado á la imparcialidad, debemos confesar que en Balmes hay genio y una inteligencia creadora que derrama con profusion galas de todo género, y que sorprenderá sin duda á cuantos en él no admiraban mas, que al lógico severo y al pensador profundo. Elévase como el águila hasta el sol, y desciende hasta la superficie del valle; pero sus vuelos no son arrebatados, presentan una ascension majestuosa, sin el furor de un torbellino ni la caida rápida de un rayo. Ved ahí lo que marca mas la diferencia entre nuestros dos genios, Balmes y Cabanyes (a).

(a) D. Manuel de Cabanyes, natural de Villanueva, que murió años pasados en la flor de su edad, habiendo publicado un tomito precioso de poesías que revelaban su gran talento y malogradas esperanzas.

El *Genio* sin embargo es una excepcion de esta regla, y en ella parece quiso expresar el autor en un rapto lírico la misma idea que desenvolvió en su discurso sobre la *originalidad*, único que leyó en la Academia de buenas letras de esta ciudad, de que era individuo. Corta, rebosando en poesía y en entusiasmo, llena de pinceladas de fuego y de brillante concision, bastaria ella sola para demostrar que Balmes podia y sabia ser poeta en toda la extension de la palabra.

En el órden de estas poesías no hemos seguido otra regla que la importancia de las materias. Echase de ver que Balmes tenia disposicion para mas de un género. La sátira le era bastante familiar, y no obstante las dificultades que se ofrecen para manejar un idioma que no es el propio, sabia llegar hasta el gracejo, como se ve en algunas composiciones de la parte primera. Siguen despues las del género lírico, aquellas composiciones ligeras ó fugitivas que desenvuelven un pensamiento con gracia ó delicadeza, sin pompa, sin aparato, sin pretension, como el aroma que despide una flor modesta y solitaria; y aquellas otras que, elevándose algun tanto sobre las primeras, respiran ya un sentimiento sublime ó una importancia filosófica. En unas y otras descubre Balmes su destreza en metrificar, aplicando desde el leve cuatrisílabo hasta el verso grave de arte mayor, en diferentes combinaciones. Nótase en él, como una de las primeras cualidades, y para muchos desapercibida, un conocimiento y buen manejo del idioma, fluidez algunas veces, pero siempre correccion y naturalidad. Solo aparece algun tanto difícil é intrincado, cuando

se liga con un metro encadenado, ó se interna con demasía en algun concepto metafísico. Pero esto no es frecuente, y por lo regular su marcha es abundante y majestuosa.

No es nuestro ánimo prevenir el juicio del lector, recorriendo una por una estas preciosas concepciones de su genio, que aparecen ahora como flores bellas para adornar su sepulcro. Aun cuando con ellas solas debiese tejerse la corona del inmortal autor del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, merecerian ser admiradas por la elevacion de su vuelo y por la profundidad de doctrina que encierran. Aquel pensamiento inagotable, que tantas veces nos ha sorprendido en el círculo vasto de la ciencia y de la meditacion, preséntase con el brillante ropaje de la gala poética. En sus composiciones filosóficas reconócese aquella mano que sabe derramar uncion santa sobre las llagas del alma; aquel tono fatídico que descubre la caducidad y la nada de las grandezas humanas; aquella dignidad patética y sublime que describe las grandes escenas de la naturaleza y de la sociedad; aquella ojeada histórica que se extiende por los siglos para sacar de ella alguna leccion importante. Y así como en las fugitivas se perciben ciertos toques de candor, de sensibilidad y de ternura que parecen amoldados á los de nuestros Leon y Villegas, en las sagradas, y sobre todo en la traduccion del salmo 103, verdadero himno que la creacion entera parece elevar á su autor al son del arpa del rey profeta, descuella la majestad religiosa, y aquel grandioso sentimiento de melancolía que en los gemidos de Jeremías tanto se aviene con los llorosos desterrados del Eden.

Permítasenos por conclusion una palabra sobre su fragmento de traduccion del arte poética de Horacio. En ella se observa por lo comun fidelidad en la traslacion del pensamiento, aunque se muestre el traductor algo parafrástico en uno que otro giro. La versificacion es bastante seguida por lo que permite el género del escrito. Y no deja de ser un mérito no despreciable que, despues de las versiones de Espinel, de Iriarte, de Búrgos y del señor Martinez de la Rosa, puedan leerse con gusto y novedad las mismas doctrinas del preceptista latino respetadas por todos los siglos, como leyes de buen saber y buen sentido literario. ¡Lástima que no concluyese su obra y no la comentase con aquella finura de observacion con que era capaz de enriquecerla! En esta obra empezada nos ha dejado una imágen lúgubre de lo que ha sido su vida sobre la tierra; cortada, por decirlo así, en el comienzo de su carrera, y hundida súbitamente en el no ser, como ave que al empezar á describir el círculo de su vuelo sublime, cae muerta á los piés del cazador.

PARTE PRIMERA.

APOLO MUSTIO.

Del Parnaso en la alta cumbre
viera yo al divino Apolo
triste, pensativo y solo
mostrando gran pesadumbre.
Estaba ya seca y mustia
su faz tan fresca y rosada,
que su cruel huella estampada
le dejara negra angustia.
Ni una ninfa en derredor,
ni un solo acento canoro,
ni sombra del sacro coro...
¡todo soledad y horror!
Con sus cristalinas linfas
los rios bien serpenteaban,
mas por ellos no bogaban
ni las náyades ni ninfas.
Ni tampoco el rio estaba
con su verde cabellera
sentado á la cabecera
de la fuente que manaba.
Por monte y selva se oian
los silbidos de los vientos,
mas de ninfas á lamentos
en nada se parecian.

Tambien pastores yo ví
por el monte y la llanura,
mas de ningun dios figura
en ellos no descubrí.
El sol por el horizonte
se remontaba lozano,
pero yo buscaba en vano
el carro de Faetonte.
Las olas bulliciosas
se agitaban con estruendo,
con furor acometiendo
navecillas pavorosas;
Mas nunca Neptuno padre
sacó su gentil cabeza
para domar su fiereza
cuando salían de madre.
Ora ya veo el motivo
(dije entonces para mí)
que el pobre Apolo esté así
tan triste y tan pensativo.
Es que ese mundo bendito
ha salido del encanto,
y el pobre perdió su canto
y vió su lauro marchito.
Y pasóse la ilusion,
y el reino de su mentira
desde que se oyó la lira
de natura y Religion.
Y del cantar del pagano
ha quedado solo un *fué*,
que el canto del cristiano
es el canto de su fe.

EL POBRE Y EL RICO.

Hay quien diz que el mas felice
es el pobre en este mundo,
y con razonar profundo
quiere probar lo que dice:
en tal idea no abundo.
De salon y de retrete
sentir las penas no es dable
al estado miserable
en que se encuentra el pobrete...
es una cosa indudable.
Mas que su infeliz estado
no dé mucho que sufrir,
y que es dichoso inferir
mas que el rico y potentado...
es un tonto discurrir.
En todas las ocasiones
no dan siempre al poderoso
un placentero reposo
de pluma blandos colchones...
se dice á roso y velloso.
Yo pregunto si en la choza
por do quier con ancha raja
el pobre tendido en paja
es mucho lo que se goza,
cuando la helada le cuaja.
Que la gallina y pollito,
las perdices y el pichon
siempre el rico comilon
coma con mucho apetito...
no es tan necia mi intencion.
¿Y al estómago de alguien
la berza medio podrida
y la carne consumida

puede asentarse muy bien
tan asquerosa comida?
¡Oh! que el rico sufre mucho
por lo que puede perder:
¿y no tener que comer,
á no ser uno muy ducho,
es cosa de complacer?
¡Oh! y no siente pesadumbre,
como ya está acostumbrado...
tambien tendrá el potentado
de sus penas ya costumbre...
¡oh no, que es mas delicado!
¿Sabe V. dónde está el cuento?
que del pobre nadie cura,
y aunque lance en amargura
el mas sentido lamento,
eco no halla su tristura.
Mas si el rico algo padece,
todo el mundo ya le admira,
suena del poeta la lira,
y de su ¡ay! se compadece,
y con él gime y suspira.



Á UN IMPORTUNO

QUE ME PEDIA UNA LETRILLA.

Vaya que es mucha humorada
y es pedirle maravilla
á mi cabeza cansada
exigirle una letrilla,
como quien no pide nada.
Y letrilla cabalmente
que, segun dicen autores,
ha de salir tan corriente,

no cual nacida en dolores
de una fatigada mente.
  Doce horas están ya dando
y apenas la lumbre viera,
que ya estaba calculando
cilindro, cono y esfera
y A por B multiplicando.
  Déjame aquí descansando,
no vuelvas mas á tu tema,
ó si no, verás mezclado
con versos el apotema,
alturas, seccion y lado.
  Y en vez de oir consonantes
muy sonoros y bonitos,
no verás sino cuadrantes
y polígonos inscritos
y puntos equi-distantes.

AL MISMO ASUNTO.

  Una letrilla!
vaya que es cosa
bien molestosa
versos hacer,
vena ó no vena,
buen ó mal grado,
ajeno enfado
por distraer.
  ¿Tengo yo acaso
sonoros versos,
lisos y tersos
como marfil,
como quien guarda
vino en bodega

cual otro Vega
solo entre mil?
¿Es cosa fácil
maldita rima
que mete grima
al mas audaz,
de los acentos
distribuïdo
bien entendido
grato compás?
Nada, no, pides;
¡una letrilla!
que es maravilla
que salga bien;
verso corriente,
fácil idea
quieres que sea
cosa de amen.
Fácil idea,
poco nos cuesta...
réplica es esta
que yo no sé
cual la deshaces:
calla y empieza,
dí con presteza,
yo escribiré.
Es tan difícil
eso de fácil,
que hasta el mas ágil
en escribir
tiembla á su vista
buscando en vano
pesada mano
no descubrir.
Al mas mimado
hijo de Apolo
verásle solo
cuando escribió

versos que piensas
que en fácil pluma
cual leve espuma
musa sopló.
Es que lo fácil
no es que lo sea,
que no se vea
largo sudar:
el poeta cuida
su rudo anhelo
con grato velo
de disfrazar.
Siempre que leas
cosa muy buena,
juzga que pena
larga costó:
crear bellezas
con gran soltura
nuestra natura
no concedió.
Sea felice,
fácil la vena,
siempre gran pena
cuesta y afan:
cuando vencido
fué del demonio,
tal patrimonio
nos dejó Adan.

Blando y suave
canto del ave,
céfiro blando
que murmurando
mece el pensil:
Ni la armonía
con que extasía

la sonorosa
cítara hermosa
de oro y marfil,
No place tanto
cual tierno canto
del triste poeta,
cuando le aprieta
suc orazon
La cuita impía
que él no tenia
cuando contento
daba su acento
grata cancion.

¿Versos me pides?
versos diré,
mas versos tales
que yo no sé
si tus oidos
halagarán...
ya que los quieres,
versos ya van.
Como granizo
que en el calor
lanza la nube
con gran furor;
cuando los rayos
brillar se ven
y agita el suelo
loco vaiven.
Ya que importuno
me eres á mí,
yo vengativo
seré con tí:
ya que la musa
quieres forzar,

yo sus rigores
te haré probar.
Al menos quiero
sepas lo que es
comer sin pena
de ajena miés;
y ya que en ella
metiste la hoz,
escucha cuentos
de áspera voz.
Es el del cuervo
que se vistió
con rica pluma
que no le dió
naturaleza
cuando al nacer
le dió negrura,
no rosicler.
Es de la rana
falsa hinchazon
cuando cansando
flaco pulmon
el aire inspira
por remedar
del corpulento
buey el hijar.
Es de la dama
tinta falaz
con que colora
la vieja faz,
malignos ojos
vénla entre mil,
para sí dicen
«no eres de abril.»
Es de un cobarde
villano ardid
que torpe espalda
volvió en la lid

y huyendo en sangre
armas tiñó
en un cadáver
que otro tendió.
De inmundo zángano
que el colmenar
ocioso habita
sin trabajar;
ricos panales
de dulce miel
otros componen,
cómelos él.
Es del pobre asno
la presuncion
que pasar quiere
por un leon;
la asnal oreja
vése salir,
lluvia de palos
ha de sufrir.
De papagayo
vano charlar
que nunca alcanza
claro parlar;
si voz pronuncia
clara tal vez,
luego el chirrido
dice quién es.
¿Tienes bastante?
Si quieres mas,
dílo que luego
versos tendrás.
Mas bien que versos
vivas saetas,
lo que son poetas
luego sabrás.

EL POETA HINCHADO.

I.

No sé porqué dicen
que basta ser poeta
para morir de hambre
en guardilla estrecha;
mas yo no concibo
sea cosa cierta,
pues á buen seguro
que en pomposa fiesta
monarca ceñido
de majestad régia,
tanto oro no luce
ni brillante piedra
en manto de grana,
ni rica diadema;
ni el salon ornado
con gala soberbia,
con hermoso nácar,
con alfombras bellas,
con rica escultura,
con dorada tela.

II.

¡Pobrete! ¿no observas
que tu duro trato
no mueve las olas
de su lento paso?
¿No ves que descubres
con lenguaje raro,
con extraños nombres,
con vano aparato,

cuanto á duras penas
tus versos extraños
con sogas y cables
parecen trabados?
Vaya, vaya, poeta,
deja tan pesado
oficio, y no quieras
luchar contra el hado:
en humilde prosa
toscos garabatos
escribe que al menos
estilo prosáico
tantos vericuetos
ni primores tantos
exige, cual ese
maldito de Horacio
demanda á los poetas,
que ni aun medianos
diz que no lo sufren
ni dioses ni humanos.

Quebranta esa pluma,
poeta desdichado,
no quieras á fuerza
de pena y trabajo
la senda escabrosa
trepar del Parnaso:
ni quieras que Apolo
descienda de lo alto,
como quien lo tira
á fuerza de brazos.
¿No ves que las musas
miran con enfado,
desden y desprecio
que á su mismo lado
oses colocarte,
como si llamado
fueras por su coro
á ceñir el lauro?

¿No ves que las flores
al tocar su tallo
tu mano grósera,
tu dedo pesado,
pierden su belleza,
y el cáliz cerrado
conservando siempre
que tu tosco vaho
perciben de cerca,
el aroma grato
esparcir no quieren
por jardin ni prado?
¿No ves que las aves
te niegan su canto,
y mudas y esquivas
con vuelo azorado
huyen en sintiendo
el son destemplado
con que tú remedas
sus trinos variados?
Si tal vez las iras
del mar agitado
por furia terrible
de viento encontrado
imitar el ruido
te esfuerzas en vano;
erres á montones
y horrendo é insano
le llamas, y á fuerza
de apodos tamaños
parece que intentas
del piélago bravo
irritar la bilis
con lluvia de palos,
como quien sacude
las ancas de un asno
que solo obedece
duro latigazo.

III.

Con cuadros que cuestan
por rara belleza
millares de duros
en Itala tierra,
cual brilla la pluma
dorada del poeta,
eso me decia
musa lisonjera
soplando mi vida
con aura ligera;
mas yo que no fio
de palabras huecas,
que veo que el mundo
bofetones pega
á quien deslumbrado
camina y á tientas,
para mí decia:
ó musa parlera,
con solas palabras
que el viento se lleva,
por mas que brillantes
y pulidas sean,
yo nunca me pago;
por mas que los poetas
el oro y diamantes
siempre á manos llenas
cual gruesos guijarros
manejar parezcan,
es oro de nubes,
diamante de estrellas,
es plata de luna,
grana de florestas;
y ya ves que el mundo
con tales monedas
no da pan ni vino

ni albergue siquiera;
mas no te figures
que ora yo pretenda
echarte de casa
con esta respuesta:
que fuera muy crudo
despedirte á secas
tú que mis enojos
tantas veces templas:
tú que tantos ratos
en brazos me llevas
por campos de esmalte,
por lindas praderas,
por cielos radiantes
con soles y estrellas,
do en coros sublimes
que tú te conciertas
del cielo estrellado
la gloria me muestras;
pero sí que quiero
que sepas y entiendas
que con tus caricias,
por mas que halagüeñas,
nunca me interrumpas
adustas tareas;
que segun yo pienso
no son las mas tiernas
las que mas al hombre
en vida aprovechan:
yo puedo decirte
que aquellas ciencias,
que en el mundo pasan
por damas muy secas,
son las mas fecundas,
que mas interesan
por todos respectos
al hombre en la tierra
triste y condenado,

si vivir desea,
á regarla siempre
con sudor y pena.
Vete pues ahora,
tranquilo me deja,
yo sabré llamarte
si quiero que vengas,
que esto será cuando
cansado me sienta
de rudos trabajos
y duras faenas;
entonces la lira
compone y apresta,
tú darás el tono
y entonces muy diestra
pulsando mi mano
las líricas cuerdas,
cantaremos ambos
en plácida fiesta,
no estando yo pobre
ni tú descontenta.

EL DIÁLOGO.

A. ¿Cuándo se acaba la guerra?
G. Cuando el cielo se desplome
y haga pedazos la tierra.
A. Estás de muy mal humor.
G. Es que el demonio en persona
no lo llevara peor.
A. Vaya, vaya:
á mí me gusta la gente
un poquito mas valiente.
G. De esa laya

hallarlos has á destajo
solo tomando el trabajo.
de abordar algun corrillo.
A. Pero mira qué ganamos
con devanarnos los sesos.
G. Tú siempre con tu estribillo,
y entre tanto nos matamos,
van siguiendo los excesos,
los robos y los incendios,
mientras maman estipendios
esa gente campanuda
por andar rondando el campo
como bestia muy sesuda.
A. Vamos que no estás de filis.
G. Hombre, sí; duerme y bosteza,
guarda tranquila tu bilis,
y al momento menos visto
á ver si tendrás pereza
cuando saltes liso y listo
la ventana.
A. Oh, buen Gil, no va tan presto.
G. Mira, no sea mañana;
yo á lo menos ni siquiera
en contra de eso no apuesto
ni el pellejo de una rana.
A. Vamos, vamos, echa á fuera
esos frívolos temores;
si las cosas no van buenas,
tampoco no van peores.
G. Puede ser,
será mi modo de ver:
mas al fin
unos con bulla y motin,
otros con senda cachaza,
todos nos dejan pelados
y rotos y magullados,
cual agua el papel de estraza.
A. Si no creas

que eso tú solo lo veas.
G. Toma.
A. Si será alguna *carcoma?*
G. *Carcoma* no lo sospecho.
A. Pues ¿qué piensas?
G. Yo diré;
que á veces quien mas figura
es un burro hecho y derecho.
Á veces andan un trecho
en ufana compostura,
mientras no viene premura;
pero en viendo
que las cosas van urgiendo,
veráslos desatentados
sin saber á dó volverse,
proyectos desbaratados
que es cosa digna de verse;
es decir,
á veces es de gemir,
que si mal yo no concibo,
en ese tiempo que vivo
andan muy raros los hombres:
todo son farsas y nombres,
todo pompas y boatos,
mentirosos aparatos:
á los mas
á pesar de su disfraz
por debajo del sombrero
se les nota del carnero
la guedeja,
bajo piel de un leon fiero
despunta la asnal oreja.

EPITAFIOS.

1.°

Aquí yace un valenton
que los mataba á destajo...
chito! que si se levanta,
nos parte á los dos de un tajo.

2.°

No llores sobre mi tumba
si no quieres que me ria,
que quien ha sido lloron
de las lágrimas no fia.

3.°

¡Quién suspira por ahí!
cuidado en pisar la losa,
que yace enterrada aquí
una dama melindrosa.

4.°

Aquí yace un militar
que de tiro ni lanzada
no murió, sino de andar:
era jefe de brigada.

5.°

En descomunal batalla
luchando con un gigante...
«será un caballero andante.»

6.°

Á las viudas y pobres mi dinero...
«Ya! será algun usurero.»

7.°

¡Qué blason, cuántas armas, cuánto alarde!...
«Y era un tonto y un cobarde.»

8.°

Quitad á este usurero,
no fuera caso despues
que de su caja y cadáver
nos pidiera el interés.

9.°

Aquí un rico mercader,
hombre de muy justo trato,
compraba al mas alto precio
y vendia al mas barato.

10.°

Yace un recto magistrado
en esta urna funeraria:
es rica... Diz que era dado
á la pena pecuniaria.

11.°

Aquí yace un guarda-costas
tan vigilante y entero,
que su ropa, caja y clavos
son de país extranjero.

12.°

¿Un pobrecito ahorcado?...
«Dicen que robó á un señor!»
¿Y ese nicho tan dorado?
«Ese robó por mayor.»

13.°

Aquí yace un usurero
tan humano y compasivo,
que restituyó, ya muerto,
lo que robó cuando vivo.

14.°

Revocó el injusto trato
ese con voz compungida,
bien que añadió con el pacto
«si no volviera á la vida.»

15.°

Es tanto lo que querian
á ese augusto Soberano,
que los pueblos llorarian
si no muriera temprano.

16.°

¡Cuánto va escrito! y son versos!
¿quién los habrá aquí grabado?
«Algun poeta enamorado.»

17.°

¿De un apoplético insulto?
y atacado en noche buena?

«Si guardáras el ayuno,
no te matára la cena.»

18.°

Una suegra y una nuera
enterraron aquí juntas...
«No habria tanto silencio
si no estuvieran difuntas.»

19.°

¿Y ese sin caja? ¡qué horror!...
ya conozco el esqueleto,
quiso meterse á escritor
y llevó chasco completo.

20.°

Yace aquí un doctor muy sabio
que jamás desplegó el labio.

21.°

Yace aquí un poeta novel
que en tan pesada faena
perdió la pluma y papel
y murió de pura pena.

22.°

¿Otro? tambien era poeta,
y tal que murió de afán
sin ganar una peseta
ni siquiera para pan.

23.°

¿Y quién es aquel tan alto?
Es uno que fué ministro;
suerte que aquí no se sepa
que él es autor del *registro*.

24.°

¿Y aquel pájaro quién es?
Tambien tuvo un ministerio:
á ver si querrán mandar
hasta aquí en el cementerio.

25.°

Yace en la edad mas florida
y en silencio muy profundo
uno que salud y vida
quiso dar á todo el mundo.

26.°

Aquí yace un redactor
que murió de pura pena...
sería que el suscritor
le pidió página llena.

27.°

¿Y ese otro de qué murió?
«Yo me tuve que morir
por no saber qué decir.»

28.°

Porque en sola una merienda
me comí un gordo cabrito,

no faltan ya malas lenguas
que dicen morí de ahito.

29.°

¿Este será algun grande hombre?
¡Hola! y es grande de España...
« es que su tatarabuelo
dicen que hizo gran hazaña.»

30.°

Aquí yace un escritor
de poco fruto y gran rama...
«hombre! sería el mejor
para extender un programa.»

LA ORACION DE UN CLÁSICO

AL PIÉ DE HELICON.

Un clásico pedia con fervor
De las musas al bello y dulce coro
Que á su lira y su voz temple sonoro
Concedieran, y al pecho sacro ardor.
Y hete aquí que un alegre ruiseñor
Que del orar del poeta á la sazon
Reposaba en un árbol de Helicon
Cantando las delicias de su amor:
«Vate, dijo, vas mal encaminado
Que por aquí no vive ya tal gente,
Y este monte tiempo há que es despoblado
Y ni canto ni lira en él se siente;
Que si algun son oiste delicado,
Era yo que trinaba dulcemente.»

EPIGRAMA.

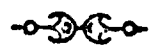
Pedro clama contra el rico
y desprecia la riqueza:
si no fuera por pobreza
no chillara así su pico.



SATURNO.

Que á sus hijos se comiera
Saturno, bárbaro padre,
Cibeles cual buena madre
con mucho dolor sufriera;
y cuando la infeliz viera
que á Jove se iba á engullir,
una piedra de Abadir
le dice ella que ha parido,
y el comilon del marido
se la traga sin reir.

Nota. *Abadir*: la piedra que Ops mujer de Saturno envolvió con lienzos para darla en lugar de Júpiter recien nacido á su marido, el cual se comia á todos sus hijos varones por el temor de que con el tiempo lo echasen del reino.



EPIGRAMA.

«Versos quiero componer,
mas que Apolo lo resista,
y he de seguirle la pista
hasta cumplir mi querer.»

Esto me decia ayer
un vate sin voz ni vena...
«sí, dije yo, dura pena
te encajaste en la mollera;
no tanto penar te diera
de un presidío la cadena.»

UN SONETO IMPOSIBLE.

Tú, Camilo, me pides un soneto,
Y me pones con eso en tal apuro
Que ni sé cómo empiece, y te aseguro
Que no quiero ponerme en ese aprieto.
Nó, nó: yo en tal hondura no me meto,
Pues aunque un cuarteto compusiera,
Es cierto que del otro no saliera,
Y cumplir lo imposible no prometo.
Y si acaso lograra con gran pena
Uno y otro cuarteto ver formado,
Ya el terceto me diera mas faena.
Que eso me es imposible te he probado,
Mas si á ello tu gusto me condena,
Tómale: ya lo tienes acabado.

LA FÁBULA Y LA VERDAD.

(FLORIAN.)

TRADUCCION.

Desnuda la Verdad
salió un dia del pozo,
ajadas por los años
sus formas y su rostro;
huian de su vista
los viejos y los mozos;
confusa sin asilo
y sin hallar apoyo
la pobrecita estaba
en un terrible ahogo.
Mas hete aquí que llega
con ademan donoso
la Fábula adornada
con un traje muy mono,
ricas plumas, diamantes,
que, si bien falsos todos,
con engañoso brillo
deslumbraban los ojos.
La Fábula admirada
de ver aquel bochorno
á la pobre Verdad
le dijo de este modo:
¿qué haceis aquí, señora,
en tamaño abandono?
Aquí me estoy helando;
en vano asilo imploro
de cuantos pasajeros
descubro en el contorno;
de mujer pobre y vieja
esquivos huyen todos.

Mirad, mas vieja soy
sin padecer sonrojo,
y por do quier me aplauden,
me festejan con gozo;
mas vos así desnuda
es estimaros poco.
Si quereis, yo os ofrezco
compartir mis adornos,
de modo tal que á entrambas
nos sea provechoso.
En casa de los sabios
me servireis de abono,
y yo os daré la entrada
en casa de los tontos;
siguiendo á cada cual
su gusto ó sus antojos,
vos con pláticas graves,
yo con cuentos jocosos
la gracia nos ganamos
de sabios y de locos.

TRADUCCION.

Guárdate bien de imitar
al versista adocenado
que de sus versos hinchado
te los viene á recitar.
Y te los hace escuchar
por donde quiera que te halle,
y con versos por la calle
persigue al que ve pasar.

(Boileau.)

UNA QUEJA DE ATLANTE.

(JUVENAL, sát. 13.)

TRADUCCION LIBRE.

En tiempo mas remoto y apartado
Tanta turba de dioses no existia,
Y no estando el Olimpo tan poblado
Mis hombros tanto peso no oprimia.

TRADUCCIONES VARIAS

DEL PASAJE DE JUVENAL:

O sanctas gentes, quibus hæc nascuntur in hortis
Numina!

¡Qué santidad tan rara y peregrina
Es la de aquel país afortunado
En que turba de Númenes divina
Nacer entre sus huertos se ha dignado!

OTRA EN TONO FAMILIAR.

Santidad de santidades
es esa de que en las huertas
nazcan y crezcan deidades
para llenar las espuertas.

OTRA EN EL MISMO TONO.

Los dioses van á destajo,
que hasta lo son las cebollas,
el nabo, la berza y ajo
y cuanto hierve en las ollas.

OTRA EN EL MISMO TONO.

¡Vaya una cosa inaudita!
¡Qué santas las gentes estas!
¡Y qué tierra tan bendita
que brota dioses á cestas!

EL AJEDREZ.

TRADUCCION.

Das un paso con destreza,
y mi plan mas bien trazado
se ve ya desbaratado
por la marcha de tu pieza:
adelantas con fiereza,
derribas mis torreones,
destrozas mis campeones,
y en tal derrota me hallo
que reina, torre y caballo
valen menos que peones.

INSCRIPCION

COMPUESTA POR MR. WATELET.

Consacrer dans l'obscurité
Ses loisirs à l'etude, à l'amitié sa vie;
Voilà les jours dignes d'envie:
Etre cheri, vaut mieux qu'être vanté.

TRADUCCION.

La vida consagrada á la amistad
Y en secreto al estudio dedicado
El ocio: es la mayor felicidad,
Que es mejor ser querido que alabado.



TRADUCCION DE UN FRAGMENTO

DE LA

CARTA DE HORACIO Á LOS PISONES,

Ó SEA, EL ARTE POÉTICA.

Si en cerviz de caballo humana testa
Prolongar á un pintor se le antojare,
Y uniendo extraños miembros los vistiera
De varia pluma tal, que en pez horrible
El monstruo terminare, que en faz bella
De mujer comenzó; decidme, amigos,
¿Al contemplar tal cuadro dable os fuera
La risa contener? Igual, Pisones,
Será el libro que imágenes ofrezca
Absurdas, cual de enfermo los delirios,
Sin que concierto ni unidad se vean.
¿Por él de amplia licencia no gozaron

Siempre vate y pintor? ¿y quién lo niega?
De buen grado la otorgo y la demando,
Mas no que en blando lazo mansa bestia
Con fiera cruel se hermane, y de ave y sierpe,
Cordero y tigre, amores se consientan.
Grave es tal vez, magnífica la entrada;
¿Mas á qué bosque sacro se nos muestra,
De Diana el ara, presuroso arroyo
Que en torno gira de campiña amena,
Ora el Rhin caudaloso, ora del Iris
El esmalte bellísimo, á manera
De retazos de púrpura zurcidos
Que un necio lujo con afan ostenta?
¿Y era aqueste el lugar? ¿tal vez retratas
Bellamente un ciprés? mas, ¿no te acuerdas
Que quien te paga quiere que le pintes
Náufrago sin aliento, entre ondas fieras?
¿Y si un vaso magnífico empezóse,
Por qué vil jarro da la loca rueda?
Sencillez y unidad nunca descuides,
Que esta regla jamás sufre dispensa.
Al vate, empero, ó padre y dignos hijos,
Mucho engaña de acierto la apariencia.
¿Se esmera en brevedad? raya en oscuro;
¿En pulidez? desmáyase y se enerva.
Hinchazon amenaza al muy sublime,
Se arrastra si por miedo no se eleva;
Si rica variedad prodiga vano,
En la onda al jabalí y entre las selvas
Retratará al delfin: así el incauto
Huyendo de un escollo en peor tropieza.
Ese mal escultor, que cerca mora
Del lugar donde Emilio esgrima enseña,
Las uñas y el cabello delicados
En bronce muy al vivo representa;
Sin embargo sus obras nadie estima,
Porque el todo á formar jamás acierta;
Ojo hermoso, cabellos agraciados

Y espantosa nariz deforme y fea
Mas quisiera ostentar, que el que mis obras
Á sus obras discordes se parezcan.
Escritores, tratad en vuestras obras
Objetos al alcance de las fuerzas;
Largo tiempo probad de vuestros hombros
Medir la robustez; facundia bella,
Buen órden, lucidez, siempre se hermanan
Si la mente al objeto señorea.
Toma el órden su mérito y encanto
De atinada cordura que aconseja
Ora aquesto decir, ora callarlo
Hasta lugar mas apto, muy discreto
Guiando al vate, que con gusto escoja
Y cumpla cuerdamente su promesa.
Gran pulso, fino esmero, de las voces
El órden y el lugar piden al poeta:
Prez merece, si alcanza á voz usada
Con enlace sagaz volverla nueva.
El vate, nuevas cosas cuando exijan
Formar voces que antiguos nunca oyeran,
Disfrute del permiso con mesura,
Con ligera inflexion de fuente griega
Dimanen, y verá cual se acreditan
Ya mañana las voces que hoy inventa.
¿Lo que á Plauto y Cecilio otorgó Roma
Cómo á Vario ó Virgilio se deniega?
Y ya que Ennio y Caton el habla patria
Aumentaron formando voces nuevas,
¿Por qué á mí, si me adquiero un caudal corto,
Emplearlo con ceño se me veda?
Fué y será siempre lícito crear nombres,
Mientras sello corriente nos ofrezcan.
Gira el tiempo, y las selvas van mudando
Sus hojas; así mueren y se secan
Las palabras antiguas, mientras flores
Y juvenil vigor otras ostentan.
Si al hombre mas potente y á sus obras

Mas grandes muerte aguarda, ora en la tierra
Anchos puertos abriendo al mar dé entrada
Guareciendo á las flotas de tormentas;
Ora estéril laguna navegable
En campos fertilísimos convierta;
Ó al rio que las mieses devastaba
Nuevo cauce le dé, y el curso tuerza;
Todo perecerá; ¿solo las voces
De su estima y su lúcida belleza
Nada podrán perder? Caerán sin duda
Las ahora estimadas; y las muertas
Revivirán, si así pluguiere al *uso*
Que es árbitro del habla, y juez, y regla.
Para insignes hazañas, guerras tristes
El metro mostró Homero: acomodado
En verso desigual cantó el lamento,
É imitóle de amor el gozo blando;
Mas quien breve elegíaco inventara
De eruditos es pleito aun no fallado;
De su yambo armó á Arquíloco el despecho,
Y el zueco y el coturno fué adoptado
Cual para accion y diálogo muy propio
Y para el ruido teatral muy apto.
Dioses, héroes, atletas vencedores,
Alazan que en carrera ha triunfado,
De Vénus y de Baco los placeres
Dióle Euterpe á la lira el celebrarlos.
Y si forma y colores yo mezclara
Con torpe necedad, ¿seré tan vano
Que poeta me llame todavía
Prefiriendo ignorar á ser guiado?
Verso heróico mal sienta en la comedia,
Ni la cena de Thyestes sufre el llano
Casi propio del zueco; cada objeto
En su propio lugar esté asentado.
Mas tal vez alza el cómico su acento,
Y airado clama Chremes, y al pacato
Tono el trágico baja; que en sonora

Ó hinchada voz no gimen desterrados
Y miserables Télefo y Peleo
Por mover á ternura en su quebranto.
  Ni les basta á los poemas la belleza.
Dulces sean tambien y que á su grado
Señoree los ánimos el vate:
Rie con los que rien, muy humano
Llora con los que lloran, y si quieres
Llore, primero vea yo tu llanto.
Entonces sí, que, ó Télefo, ó Peleo,
Sentiráse mi pecho lastimado,
Que si mal tu papel representares
Te espera ó sueño ó risa. Á rostro airado
Sienta horrible amenaza, lloro al triste,
Chiste al festivo, al grave hablar sensato:
Nos da natura para todo evento
El efecto mas propio, ora inspirando
Júbilo, ora á la cólera impeliendo;
Ora en angustias tristes y postrados
Nos tiene, y luego la expresion nativa
Cual intérprete fiel la pasa al labio.
Noble y plebeyo pagarán con risa
Al que hablare discorde de su estado;
Nunca puede en lenguaje parecerse
Ni Davo á un héroe, ni al maduro anciano
Jóven fogoso, ni á señora ilustre
Su nodriza solícita, ni á aldeano
El traficante, ni al asirio el colco,
Vivaz argivo á estúpido tebano:
Concuerde ó con su fama, ó con sí propio,
Si es que inventas de nuevo su retrato.
Fiero, activo, iracundo, inexorable,
Sin mas ley ni derecho que su brazo,
Muestra en la escena á Aquiles, si es Medea
Implacable feroz, si es Ino en llanto:
Pinta traidor á Ixion, errante á Io,
Y á Orestes por las furias agitado.

Si ensayando en la escena asunto nuevo
Persona osas fingir, hasta el fin sea
Tal como comenzó, la misma siempre.
Mas vale que en las tablas nos ofrezcas
De la Ilíada un cuadro, que no asuntos
Intactos todavía; que hacer propio
Un asunto comun es muy difícil.
Harás propio lo público si evitas
El ceñirte á vulgar y vil relato:
Y si imitas, palabra por palabra
No vuelvas, cual intérprete en estrecho
Carril te constriñiendo, de dó no oses
Mover pié, temeroso que no pegues
Contra la ley que tu obra haya prescrito.
. . . .

PARTE SEGUNDA.

EL AMANECER.

Claro el dia
ya amanece,
resplandece
bello el sol;
de luz clara
cielos ciñe,
nubes tiñe
de arrebol.

Dulce canto,
vario trino
peregrino
se hace oir;
sacudamos
con presteza
la pereza
del dormir.

Golondrina
deja el nido,
su chirrido
ya entonó;

suspendida
de alta reja
blanda queja
ya exhaló.

—

Nos convida
la frescura
de aura pura,
que el olor
grato esparce,
que en el prado
le ha prestado
linda flor.

—

Bala tierno
ya el cordero,
da el carnero
ronca voz;
lanza el toro
su mugido,
su aullido
can feroz.

—

Pasta yerba
fresca y pura
en llanura
mansa grey;
cruje el yugo
del arado,
muy pesado
tira el buey.

—

Ya comienzan
avecillas
en cuadrillas
á trinar;
y en el bosque
sus amores
los pastores
á cantar.

—

Ronca sordo
golpe crudo
que da rudo
leñador;
y del árbol
ya tronchado
derribado
con fragor.

—

Hermosea
nube cándida
con sus rayos
claro sol;
purifican
oro fúlgido
los ardores
del crisol.

—

Bate ronco
bravo y férvido
viento rudo
la ancha mar;

hondos truenos
suenan hórridos,
vuelve el eco
su bramar.

—

Ya revuelve
viento rápido
denso polvo
con furor;
negra mira
nube túrgida
tembloroso
labrador.

. . . .

UNA MAÑANA

DE PRIMAVERA.

—

¡Qué bello es el despertar
del abril en la mañana
al sonido de campana
que comienza ya á llamar
á la misa mas temprana:
Y escuchar la golondrina,
que saludando á la aurora
gorgeando silba y trina,
mientras sol naciente dora
su pluma tan bella y fina:
Y ver el sol que matiza
de la ciudad los cristales,
y el aura que se desliza
entre los bellos rosales
y sus hojas mece y riza:

Ver la risueña campiña
salpicada de rocío,
y vér el ave donosa
que en las arenas se posa
de la corriente del rio!
Mientras tanto el labrador
pasa con buey ayuntado
arrastrando ya el arado
para ganar con sudor
de negro pan un bocado.
Ya la afanosa aldeana
atravesando el sendero
marcha á la villa cercana
para que aquella mañana
salga su fruto el primero.
Natura que ya retoña
contempla el pastor atento,
y pasado algun momento
el eco de la zampoña
lleva en sus alas el viento.
Y la yerba va comiendo
el ganado quieto y manso
y el pastor va precediendo,
da un momento de descanso,
y otra vez va prosiguiendo.
Ya se escucha en la ciudad
el ruïdo del martillo,
y vése con claridad
salir de la oscuridad
las banderas del castillo;
Y el crujido de las puertas
que se abren de par en par,
y el sol se comienza á alzar,
y empiezan á murmurar
las calles antes desiertas.

. . . .

—

EL RUISEÑOR.

Apacible ruiseñor,
hechizo de la pradera,
que con trino tan meloso
saludas la primavera:
Mientras el céfiro blando
lleva en sus alas donosas
el perfume de jazmines
y el aroma de las rosas;
Mientras el arroyo claro
con murmullo se desata
y serpea caprichoso
con sus raudales de plata;
Con el lustre de su arena,
cual pece que se desliza
con el brillo de oro puro
que sus alitas matiza;
Tú escondido en la espesura
que quiebra del sol el rayo,
que te resguarda del viento
y de la lluvia de mayo,
En el hueco de una copa
en verde y frondosa rama
reposando un ruiseñor
dulces trinos exhalara.
Su soltura y desenfado
y su manera galana
á gran trecho del contorno
el oido embelesaba.
Tal vez silba de repente,
tal vez un momento para,
y otra vez el aire llena
con voz sonora y gallarda.

Despues ahueca sus tonos
y pia con voz pausada,
y otra vez como un torrente
caprichoso se desata.

¿Oís? parece un suspiro
de un pecho abrasado en llama,
que sus acerbos penares
con dulce gemido calma.

¡Qué capricho! ora gorgea,
ora remeda algazara
del estallar ruïdoso
de la alegre carcajada.

Avecilla misteriosa
que dentro el ramaje cantas,
no sé si cantas tu dicha
ó si tus penas amargas.

Mas ó bien seas felice,
ó bien seas desdichada,
te lo ruego: del jardin
por largo tiempo no salgas.

No temas, no tocaré
ese verdor dó te paras,
esa sombría espesura
que conozco que te agrada.

Y si tienes allí el nido
do hijuelos tiernos regalas,
aunque escuche yo sus pios
si á tu tierna prole halagas,

No te recates; ni esquivo
receles de mi mirada,
que sería yo bien fiero
y bien ingrato pagara

El embeleso indecible
que me das por la mañana,
cuando tus trinos entonas
antes de rayar el alba.

—

LA FLOR EN EL VALLE.

Linda flor, que ufana creces
á la márgen de ese rio,
y que en soledad te meces
con el aura del estío,
Dime quién te puso aquí,
quién lanzó aquí tu semilla,
que sola te encuentre ahí
de esas aguas á la orilla:
Verde tallo, la hoja bella
de delicados colores,
y en tu cáliz una estrella
como reina de las flores.
¡Qué hermosa por la mañana
cuando del aura al murmullo
ostentas tu faz ufana
desplegando tu capullo!
En los brazos de aire blando
que te mece con dulzura
tu cabeza reclinando
acrecientas tu hermosura.
Él te da frescor templado,
tú le das aroma suave,
y él mas ligero que el ave
de su pliegue perfumado
Por la pradera derrama
el aroma de tu aliento,
mientras suspira en la rama
con languidísimo acento.
Le plugo á naturaleza
el darte quien te resguarde,
que no pierdas tu belleza
con el calor de la tarde.

Cuando el sol te ha regalado,
te cubre la fresca sombra,
y tu pié está rodeado
de un tapiz de verde alfombra.
De tí la abeja afanosa
chupa jugo de ambrosía,
y en tí juega todo el dia
la pintada mariposa.
El reptil, que se desliza
serpenteando en la grama
y la pradera matiza
con el brillo de su escama,
No te daña con su huella,
que cuando se acerca y mira
y te ve tan tierna y bella,
con largo rodeo gira.
Bella flor, hermoso adorno
de esas orillas amenas,
otra flor no hay en contorno,
mas tú su vacío llenas.
Que me places mas á mí
en el valle retirada,
que no si te viera aquí
en bello jardin plantada.
Y es mas bella la natura
con atavío sencillo,
que la afectada hermosura
ceñida de falso brillo.
Si te llegare á tocar
con sus dedos el humano,
en vez de te hermosear
te agostaria su mano.

EL ARROYUELO.

Cual fluye ese arroyuelo,
así pasa la vida
feliz, quien olvidado
de pompa fementida
sintiere que sus horas
se deslizan tranquilas,
cual corre mansamente
la clara fuentecilla;
y el alma candorosa
sin pliegue de malicia
en limpio y bello seno
retratara su dicha,
que ese lindo arroyuelo
bien muestra la arenilla,
el oro y bellas perlas
que en su seno se abrigan.



LA FUENTE
EN EL DESIERTO.

Hija amable del desierto,
encanto de la pradera,
que entre la flor y la yerba
te deslizas tan ligera:
Que esmaltas con ricas perlas
de tus hermosos cristales
esa arena por dó corres
entre espesos matorrales:
Que con plácido murmullo
á luengo trecho extendido

das aliento al pasajero
á quien la sed ha rendido:
Dime, ¿quién te dió tan puras
las aguas de tu corriente,
quién hizo que aquí brotases
en ese erial tan ardiente?
¿Quién te dió que en las arenas
de soledad abrasada
formases con tu frescura
esa alfombra regalada?
Que en ese desierto inmenso
¡ay! mal hado fuera el mio,
si tus aguas se secaran
con el ardor del estío.
Con la boca ardiente y seca,
sin aliento ya en el pecho,
agobiado de cansancio,
la posada á largo trecho...
Mas ahora de tus aguas
con la agradable frescura
templada mi sed ardiente
entre plácida verdura,
Refociladas mis fuerzas
para seguir mi camino,
me siento ya con aliento
de llegar á mi destino.
¡Fuentecita! no sin pena
me despido de tu orilla,
y de tus verdes tapices,
y de esa arena que brilla:
Queda en paz que aquí tal vez
Dios de bondad te crió
para conservar la vida
á otro sediento cual yo.

UNA ESCENA DE EDEN.

Las yerbas y flores
tapizan el suelo,
las aguas reflejan
azulado cielo.
Arroyos serpean
todo en derredor
y esparcen en torno
ligero rumor.
El árbol levanta
su copa lozana
con flores y frutas
hermosa y ufana.
Suave airecillo
las halaga y mece,
les imprime un beso
y desaparece.
De las ramas cuelga
gracïoso el nido
cual cesto de mimbres
de hermoso tejido.
El ave afanosa
cantando su amor
le cubre y ablanda
con hojas de flor.

Sobre la blanda yerba reclinada
en las aguas de fuente cristalina
de Adan la compañera afortunada
miraba su belleza peregrina.
El apestado aliento del infierno
aün no deshiciera

la hermosura y la vida que el Eterno
en su rostro imprimiera.

—

Sus ojos respiran
amor y ternura,
sus labios destilan
candor y dulzura.
La nieve y la rosa
su tez hermosean,
dorados cabellos
ligeros ondean,
Y á veces jugando
cúbrenla un instante,
y despues mas bella
descubre el semblante.

—

El temor, los deseos turbulentos,
la envidia, los dolores y los males,
que hasta nuestros placeres y contentos
nos cambian en angustias funerales,
En tan afortunada criatura
asiento no encontraban,
y el asilo de cándida inocencia
humildes respetaban.
Plácida y complaciente la natura
halaga, sí, un cuidado cariñoso,
nada le ofrece que dañarle pueda
ni su calma turbar y su reposo;
Mas el reptil infame,
que con mágica maña nos hechiza,
blandamente la lame
mientras por su regazo se desliza.

—

Tal vez al ruïdo
de rama agitada
vuelve de repente
su faz sonrosada;
y es Adan que coge
manzana sabrosa
para regalarla
á su tierna esposa.
Al verle le llama
la fruta pidiendo,
y Adan afanoso
se la da rïendo;
y al tocar sus labios
la fruta exquisita,
tierna lo agradece
con blanda risita.
. . . .

EL VUELO.

Era una hermosa mañana,
el sol doraba ya el techo,
y dejando el nido estrecho
el ave echaba á volar;
y mientras se remontara
por el aire en raudo vuelo,
aliviaba yo mi anhelo
con solo la contemplar.
¡Avecilla! tú dichosa
con tus alas peregrinas
el aire surcas y trinas
con dulzura sin igual;
y yo gimo aquí en la tierra
agobiado de penares,
y con sombríos pensares
acreciento mas mi mal.

LA PALOMA.

Blanca paloma, que vuelas
y que tan airosa subes
á lucir tu bella pluma
en el seno de las nubes:
¡Ay! dejaste sin sospecha
tus pichoncitos pïando,
y piensas tornarte luego
y acallarlos arrullando:
Mira, ¿no ves el azor
volar rastrero y mañoso
para hundir su fiera garra
en tu pecho candoroso?
¿No escuchas, con su chirrido
cómo te avisan las aves,
y tú en vuelo distraïdo
dando vas giros suaves?
¡Ay de tí! llega el azor
mas leve que la saeta,
y con negra y cruda garra
tu pecho rasga y aprieta:
Va cayendo á gruesos copos
tu plumaje como nieve,
y él dando crudo alarido
se pierde de vista en breve.

LAS ALAS DEL TIEMPO.

Las horas van deslizando
sobre mi frente lozana
dejando su huella insana
marcada sobre mi tez;
y el reloj señala lento
con campanada sonora
el paso de fugaz hora
que no verá ya otra vez.
Las hojas caen al suelo
sacudidas por el viento,
y marchito y polvoriento
veo el tallo de la flor;
¡ay! pena da contemplarlos,
así pasa nuestra vida,
era ayer planta florida,
despues la seca el calor.
Al menos esos arbustos,
que hoy despoja de hermosura
la oleada fiera y cruda
del helado vendaval,
cobran en la primavera
lo que les robó el otoño,
y con vistoso retoño
les torna belleza igual.
¡Mas nosotros! miserables!
el dia que llegue triste
fantasma que luto viste
y que empuña fatal hoz,
cerraremos nuestros ojos
á la luz del claro dia,
cual se apaga la bujía
ó cual calla leve voz.

UNA NOCHE EN BARCINO.

¡Qué dulzor y blandura
es á mi pecho, en noche silenciosa,
contemplar la llanura
de la mar espaciosa
y escuchar en la playa cual murmura!
La luna plateada
cruzando lentamente el firmamento,
serena, despejada,
y de estrellas sin cuento
con majestad seguida y rodeada!
Y en el confin postrero
blanqueando la vela de la nave,
y canta el marinero,
y la brisa suave
lleva hasta mí su acento plañidero.
Y sin señal de vida,
cual niño que reposa en blando seno,
Barcino está dormida,
y percibo *¡sereno!*
por voz á largos trechos repetida.
No venga, nó, la aurora;
que el dia mas hermoso y refulgente
no me diera una hora
tan plácida, cual siente
mi alma anegada en el placer de agora.
Y del penar del dia
los recuerdos aun vagan por el alma;
blanda melancolía
las pesadumbres calma
de un pecho que rehusa la alegría.
Que ni un solo latido
no diera él de esperanza ni consuelo

con mundanal ruïdo:
y acreciendo mi duelo
me sintiera mas triste y dolorido.
  Pesado compañero
no alivia el corazon, querida lira!
á tí sola te quiero,
y escuchar cual suspira
tu cuerda con acento lastimero.



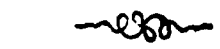
EL CASTILLO.

  En sitio muy sombrío,
en retirado albergo
levántase un castillo
en medio de un desierto.
  Una encumbrada torre
se divisa de léjos
y sus bronces despiden
tal vez algun reflejo.
  En torno al edificio
sus huellas dejó el tiempo,
que ya el color presenta
cual hoja de árbol seco.
  Rodea sus almenas
el mas hondo silencio
que solo le interrumpen
los silbidos del viento.
  En él mora encerrado
un noble caballero,
que no hallara en la tierra
á su dolor consuelo.
  La noche el mundo envuelve
en tenebroso velo,
mas no lleva el alivio
á su afligido pecho.

A sus cansados ojos
el apacible sueño
ni tan solo un instante
les otorgara el cielo.
Mil veces se revuelve
por el mullido lecho,
que su alma despedazan
despecho, amor y celos.
Y reina en los salones
el mas hondo silencio,
y las lámparas arden
con sepulcrales fuegos,
Y despiden apenas
resplandor tremulento
que vaga por la cumbre
de artesonado techo.
Sus sombras ondulantes
cubren el pavimento
cual si por él vagaran
fantásticos espectros.
El Paladin suspira
tal vez de trecho en trecho,
y sus ayes repiten
pavorosos los ecos,
Y revuelve en su mente
mil sombríos recuerdos
si del viento en el silbo
percibe un son funesto;
Y si ferrada puerta
se cierra con estruendo
atronando el castillo
con bramido siniestro,
Se levanta al instante
llamando al escudero
que el caballo y las armas
aprestara muy luego.
Ruïdo percibióse
que anuncia lance fiero,

presagio en esta noche
de algun terrible encuentro.
  De pesada armadura
su cuerpo está cubierto,
y lleva en la cabeza
capacete de fierro.
  El estribo le tiene
Gonzalo con respeto,
y monta el Paladin
con aire el mas ligero;
  Y resuenan sus armas
y su arreo de acero,
y sus ojos fulguran
con vivo centelleo.
  Con su brillo contrasta
su semblante moreno,
cual á veces los rayos
vibran por cielo negro.

. . . .



EL RIO DESBORDADO.

  Rompe diques el rio caudaloso,
Cuanto encuentra arrebata en su corriente,
Las columnas quebranta de alto puente
Con mugido bravío y resonante.
  Salta el cauce, dilátase espumante,
Tala mieses, arrasa las praderas:
Labradores pasmados
Quedan yertos al pié de sus arados.
  En vano con mil voces lastimeras
Ven y lloran sus campos anegados,
Sigue el rio el destrozo con braveza
Su esperanza arrastrando y su riqueza.

¡Qué fuera de frondosos arbolados,
Qué fuera de riquísimas campiñas,
Del olivo, de mieses y de viñas,
Qué fuera de las vegas tan amenas!
Del ganado, las aves y colmenas,
Que inundaban de plácida esperanza
Al labrador cansado,
¡Infelice! de nada ha aprovechado.
Tanto afan y sudor en la labranza
Todo fué en un momento destrozado!
Solo quedan montones de zarzales,
Hondas cavas, pedriscos y arenales.
. . . .

FRAGMENTO DE UNA ODA

CONSAGRADA AL PARECER

A LA AFLICCION Y Á LOS RECUERDOS.

Vuelve á mí, lira mia,
consuelo de los míseros mortales,
blanda melancolía
me inspira para alivio de mis males.
Que cual rápido viento
pasaron los instantes de mis dichas,
y el gozo y el contento
me robaron crueles mis desdichas.
Y cual la espuma leve
que rizando las olas de la mar
desaparece en breve,
tal fuera mi placer y mi gozar.
Y recuerdos sombríos
¡infeliz! me quedaron solamente,
cual leves desvaríos
se agitan y revuelven por mi mente.

Y de cercana muerte
la imágen espantosa no me aterra,
que en tan adversa suerte
consuelo no hallaré sobre la tierra.

. . . .

EL HUÉRFANO.

A merced del crudo invierno,
á la orilla del camino,
estaba solo y sentado
un infeliz huerfanito.
La noche pasó al sereno
y tiritando de frio,
que sus carnes cubre apenas
el andrajoso vestido.
Van pasando caminantes
que le miran con desvío,
y algun mendrugo de pan
pide en vano el pobrecito.
Lloroso se lo demanda
por amor de Jesucristo,
por el amor de la Vírgen
y por su parto bendito;
Y viendo que no le escuchan
los pechos endurecidos,
comienza á cantar su pena
con acento muy sentido:

Por Dios y la Vírgen
habed ¡ay! piedad
de tal desamparo
en tan tierna edad.

Al nacer yo al mundo
mi madre murió,
su beso amoroso
mi faz no sintió.

Por Dios etc.

De pecho comprado
la leche chupé,
y en tiernos arrullos
jamás la probé.

Por Dios etc.

El seco mendrugo,
que acaso cogí,
con boca sangrienta
por hambre comí.

Por Dios etc.

La nieve en invierno,
del frio el rigor,
despues me atormenta
del sol el ardor.

Por Dios etc.

En llegando á decir esto
desfallece el huerfanito,
apenas tiene ya aliento
para dar algun suspiro.
Amortiguados sus ojos
han perdido ya su brillo;
cual si implorara socorro
aun extiende su bracito.
Ya que bárbaros los hombres
socorrerle no han querido,
en sus brazos le ha llevado
un ángel al paraïso.

EL SUEÑO DEL POETA.

Dormido en placidísima dulzura,
La cabeza inclinada blandamente
Cual delicada flor,
Imita la bellísima postura
Del niño que reposa mansamente
En regazo de amor.
El pensar en su frente aün oscila,
Y sus labios derraman con murmullo
Versos que dijo ayer;
Como en flor, que reposa muy tranquila
Replegada en las hojas del capullo,
Asoma el rosicler.
Cual del harpa las cuerdas resonantes
Retiemblan con finísimo zumbido
En pos del alto son;
Y sus ecos revuelan ondulantes
Divagando con lánguido sonido
Por alzado arteson.

Sueña que ve descender
en lluvia de luz y plata,
que en cristales se desata
de matizado color,
un celeste mensajero,
un ángel de formas bellas
con dïadema de estrellas
del mas puro resplandor.
La cabellera tendida
sobre los hombros flotante,
dó el riquísimo diamante
va engarzado con desden;
y las rosas de la aurora
matizan su tez lozana,

y el fuego de la mañana
vibra rayos en su sien.
Sus bellas formas encubre
franja hermosa y peregrina
blanca, azul y purpurina,
ropaje de serafin;
y sus alas desplegadas
con armónico zumbido
lucen bello colorido
de oro, nácar y carmin.
Y con una caña de oro,
que lleva en manos hermosas
contorneadas y donosas
como labor de marfil,
toca del poeta los labios
y sopla sobre su frente
con el oloroso ambiente
exhalado de un pensil.
Entonces córrese el velo
que encubria la hermosura
de magnífica natura
que viera antes con frialdad,
y el cielo se desenvuelve
cual pabellon azulado
de pedrería sembrado
con sublime majestad.
El silencio de la noche,
como el bullicio del dia,
todo marcha en armonía
y en concierto divinal;
oye el poeta enajenado
son que armónico divaga
y de placer embrïaga
al infelice mortal.
Entonces raptos sublimes
en su pecho siente el poeta,
y escucha una voz secreta
que le convida á cantar;

y él derrama de sus labios
mil acentos de armonía,
un raudal de melodía
siente en su pecho brotar.
De mil flores matizado
el mas lozano ramaje
no alcanza de su lenguaje
la hermosura y variedad;
ni en esplendor y riqueza
del potentado de oriente
el manto resplandeciente
con lujosa majestad.
En la rica fantasía
se suceden los matices
como elegantes tapices
de bella decoracion;
cual solia un caballero
en un castillo encantado
encontrar endoselado
algun brillante salon.
Y en torno revolotean
leves grupos que se agitan,
corazones que palpitan
contando al poeta su mal;
y el poeta su mal escucha
y aligera su tormento
contestando con acento
de una voz angelical.
En el desierto lejano
de la cascada el ruïdo
es un mágico bramido,
mensaje de tempestad;
y el murmullo del arroyo,
el leve soplo del viento
es el sentido lamento
de vírgen en soledad.
La verdura de los prados,
el aroma de las flores,

sus elegantes colores
y su tierna languidez,
todo respira á sus ojos,
todo tiene aliento y vida;
si ve flor descolorida
le duele su palidez.
Del polvo de viejos siglos
evoca mil personajes
con los magníficos trajes
con que el fausto los ornó;
y agrupados en contorno
van refiriendo su historia
recordando á la memoria
cosas que el mundo olvidó.
¡Ay del poeta! si se obstina
en proseguir en su canto
cuando pasado el encanto
desparece la vision;
cual se arrastra por el suelo
cubierto con polvo vano
con fatiga el vil gusano,
así será su cancion.



PARTE TERCERA.

EL GENIO.

Lozana, vigorosa y atrevida
Alza el vuelo la reina del desierto,
Y, á sus plantas el orbe descubierto,
Contempla con desden
La peña de los siglos respetada,
De cien rios tortuosos la corriente,
Y la mar que amenaza al continente
Con fragoso vaiven.
¡Qué dichoso, á quien dieran los destinos
De alto cielo en la hondura de su arcano
El destello sublime y soberano
De genio crëador!
En su mente rebulle un pensamiento,
Y lo ve, lo contempla, y se extasia,
Y cual fragua le da su fantasía
Su luz y su calor.
¡Vedle allá! con los ojos arrobados
Cual traza la carrera del planeta,
Ó sigue los caminos del cometa
Allá en la inmensidad,
Atinando las leyes que á su giro
Del Eterno la mano señalara
Cuando el linde á los mares prefijara
Con alta majestad.
Sentado sobre escombros y ruïnas
De un gran pueblo veréisle que medita,
Y cual mago que sombras resucita
El secreto alcanzó

De su grande pujanza y su caïda;
Mira en torno cien pueblos que florecen,
Y otros pueblos que nacen y que crecen,
Y su fin ya previó.
Tal vez habla, y los hombres se sonrien,
Y en su mente revuelve mas profundo
Un pensar que le ofrece un nuevo mundo,
Solo demanda un *sí*.
¡Admiradle! ¿dó marcha, quién le guia?
En su frente fulgura la esperanza,
Á los mares intrépido se lanza
Y dice ¡vedle allí!
A su vista desfilan las naciones
Y parecen las bravas oleadas
Por el cierzo cual montes levantadas
Y luego ya no están,
O montañas de arena movediza
Que levanta y disipa en un instante
Con mugido bravío y resonante
El terrible huracan.
Si mirando tal vez la turba ciega,
Y entre tantas locuras que divisa
En alguna se fija su sonrisa,
Golpe mortal le hirió;
Que el tiempo con su mano roëdora
De Cervantes el bello desenfado
Y el saber con gracejo sazonado
Nunca jamás borró.
¡Mezquino! tú que pides quién le guia,
Que demandas dó fuera su enseñanza,
¿No conoces el brio y la pujanza
Del sublime pensar?
¿No sientes en sus giros atrevidos
Que la senda trillada ya desdeña,
Cual águila ya posa en alta peña
Cuando empieza á volar?
Una mano secreta le conduce
Y le lleva á que cumpla un gran destino,

Que en sus sienes con sello peregrino
Grabara el Hacedor;
Que no en vano le diera aquellos rayos
Que ciñen como auréola su frente
Mostrando la grandeza de su mente
Con celeste fulgor.
Mas tal vez ¡ay dolor! que palidece
Su fulgor y amenaza mal agüero,
Como suele en la noche algun lucero
Siniestro relumbrar;
Su tamaño, su luz y rara forma
Arrebata la vista, mas la mente
Que el estrago horroroso ya presiente
No cesa de temblar.
¡Vedle allá! reclinada sobre el pecho
La cabeza, los ojos inflamados,
Torva frente, los labios abrasados,
Medita en soledad...
Y murmura palabras de misterio,
Tal vez lanza al papel un pensamiento,
Preñado cual la ráfaga del viento
Que engendra tempestad.



LA VIDA.

¿Qué es la vida del humano?
¿Hay álguien que lo comprenda,
hay algun hombre que entienda
lo que llamamos *vivir?*
En sus gustos, en sus penas,
en sueños de desvarío,
¿hay quien no sienta un vacío,
un misterio en su existir?
Hoy alegres y volubles
como leve mariposa

que ora salpica la rosa,
despues pára en un clavel,
un mundo con cien matices,
cestillos de hermosas flores,
guirnaldas de mil colores,
copas de leche y de miel:
Y mañana nada existe....
como pasa en un torrente
una flor que la corriente
arrancó de su raiz;
como brilla en claro arroyo
la plata y oro del pece,
y luego desaparece
con vivísimo desliz.
Dora apenas leve bozo
la tez blanca y colorada,
y la cabeza dorada
se comienza á ennegrecer;
ya no se mece en el labio
el candor de la sonrisa,
que semeja leve brisa
en hermoso amanecer.
Recordamos condolidos
las delicias de la infancia,
cual delicada fragancia
de un perfume que pasó;
ó el marino que se aleja
ve pintada banderola,
que torreon alto tremola
en la ciudad dó nació.
Es á mis ojos la vida
vapor de endeble candela,
fuego leve que revuela
en torno de un ataud;
es aromático aliento
de la flor que abre su seno,
que seca con su veneno
soplo abrasador del sud.

Vuelan en torno del hombre
mil pintadas mariposas,
lucen sus alas donosas
hermosura sin igual;
las coge el hombre, cual niño
cierra afanoso la mano,
y al abrir de polvo vano
encuentra inmunda señal.
¿Qué se presenta en la tierra
sino montones de abrojos,
despedazados despojos
que á la orilla arroja el mar;
sino un reptil que deslumbra
con su matiz fementido,
y que endulza su silbido
para mejor hechizar?

No veo mas en el mundo
que un inmenso mar de arena,
un vacío que se llena
con follaje fementido;
el gemido
no cesa de noche y dia,
la alegría
no baña jamás el pecho,
sombrío del hombre el techo,
si con galas la natura
convida al hombre á que ria,
aun aumenta su amargura.
¡Qué importan los placeres de la vida,
el perfume fragante del aroma,
si opresor y pesado se desploma
un recuerdo que ahoga el corazon;
si la imágen, que halaga nuestro pecho,
un frio desengaño quiebra y pisa,
y con burla y sardónica sonrisa
deshoja la ilusion!

La mente oscura, el corazon vacío,
solitario cual flor en el desierto,
combatida tal vez por cierzo yerto
y luego por el austro abrasador;
frio el mundo, floresta sin olores,
bella estatua de rosas coronada,
sin aliento, sin fuego en la mirada,
sin consuelo al dolor!
Flotando el alma como leve sombra,
ora sintiendo un hálito divino,
en pos la fetidez, polvo mezquino...
¡recuerdo triste! oscuro el porvenir!
el llanto congelado en la mejilla,
negro pensar vagando por la mente,
cárdeno el labio, nebulosa frente,
cansancio de gemir!

Y volved la vista en torno,
y pedidle al mundo impío
que aligere vuestro hastío
y que calme vuestro mal:
embrïágate (responde)
con algun néctar sabroso,
cuando busques el reposo
aquí tienes el puñal.
¡Cruda respuesta, que acibara á el alma
agriando su penar y su tormento!
¡delirar embriagado de contento!
¡ó morir con estólida frialdad!
¡Inmenso Dios! ¿qué puede ser la vida
para quien la esperanza no fulgura,
para quien no divise la ventura
allá en la eternidad?

Es el hombre un hondo arcano
que aparece aquí en la tierra;
frágil máquina que encierra
una centella eternal:

lanza un acerbo quejido,
llanto es su primer acento
mezclado con el lamento
del padecer maternal.
¡Veis! y llora inconsolable,
no le acallan en su llanto
ni las caricias, ni el canto,
blando arrullo del amor;
¡triste destino del hombre
el nacer con amargura,
el vivir en desventura,
y morir en el dolor!
¡Y pasar como una sombra
sin dejar aquí su huella,
como pasa la centella
que en el aire se inflamó;
vapor leve que despide
fugaz y vivo reflejo,
vana imágen que el espejo
un momento retrató!
Él solo en el universo
ansioso de su destino,
extraviado peregrino
que pregunta ¿dónde está?
coge acaso en el desierto
el fruto de la palmera,
y prosigue su carrera
sin saber dó parará.

Y triste y pesaroso,
absorta el alma en hondo pensamiento,
me faltaba el aliento:
y anhelando un instante de reposo,
revolvia sediento
las hojas de un escrito misterioso,
dó via descifrado
el arcano del hombre y su destino,
y de un sello divino

el sagrado carácter estampado;
de fuego peregrino
el pecho me sentia penetrado,
que en sosegada calma
consuela al corazon, alumbra á el alma.
¡Porvenir! ¡porvenir! y alzando el vuelo
mi mente remontábase hácia el cielo;
y olvidando ese barro que la encierra
miraba pesaroso
ese pequeño grano
que aquí llamamos tierra,
y al hombre cual gusano
que por ella se arrastra fatigoso;
y al reparar que olvida
que, fugaz como leve pensamiento,
pasará en un momento
el durar de su vida:
su loca vanidad, su orgullo necio
contemplaba con lástima y desprecio.



VANIDAD DE LAS GRANDEZAS HUMANAS.

¡Cuántas veces, ¡ay Fabio! cuántas veces
Yo solo, pensativo, apesarado
Busco en vanos proyectos y delirios
Un consuelo á mi pecho acibarado!
Negra tristeza, cual opaca sombra,
Todo á mi débil ojo lo oscurece;
Tedio cruël devora mis entrañas,
Cuanto miro marchita y envilece.
Al menos si á mi lado te tuviera,
Mis llantos en tu seno derramara,
Y la mano piadosa de un amigo
Mis lágrimas amargas enjugara.

Amigo, dí, si comprenderlo puedes,
¿Qué es el hombre, ese ser desventurado?
Díme, ¿qué es ese caos asombroso,
Confusion de sublime y de menguado?
Vimos la luz en medio de quejidos,
Nuestra cuna meciera cruel dolor,
Sin que acallar pudiera nuestro llanto
De una madre el cariño y tierno amor.
Plácida con los brutos animales
Los halaga y recrea la natura
Cual cariñosa madre; solo al hombre
Trata con sobreceño y mano dura.
Pasaron nuestros juegos infantiles
Cual de una chispa rápido destello,
Y la edad de ilusiones anunciando
Nuestros rostros doraba leve vello.
¡Ay dolor! qué ilusion! cuánto delirio!
¡Qué turbacion agitá nuestro seno!
¡Cuánta copa dorada que nos brinda
Con mortal y pestífero veneno!
Y al lado del placer y del encanto
Truena la voz terrible de Dios mismo:
«Aquí está la dulzura y los placeres,
Mas allá los dolores y el abismo.»
¡Gran Dios! ¿y por qué en lucha tan acerba
Permitisteis que el hombre se empeñara,
Que una mano secreta lo impeliese
Y otra mano tremenda lo aterrara?
¡Ay amigo! ¿te acuerdas de una tarde
De invierno, en la que andábamos inciertos,
Solos, cruzando sin sendero fijo
Los secos prados y los campos yertos?
Y de nubes sombríos torrëones
Por el cielo sin órden esparcidos
Iban vagando, y el silencio apenas
Perturbaban del viento los silbidos.
Y otra vez se fijaba nuestra vista
En el orgullo y sed desmesurada

Del hombre por honores y riquezas,
En su apego al vil polvo y á la nada.
Tal vez sintiera inspiracion divina,
Y alzando de repente osado vuelo,
Mirábamos el giro de los astros
Y la vasta extension de inmenso cielo.
¿Qué es del hombre la frágil existencia?
Nos decíamos, ¿qué es su orgullo necio
Y hasta el poder de pueblos y naciones?
Mirando con desden y con desprecio
Todo pasó; y en vano yo buscara
Un hombre que conmigo dividiera
Mis penas... tal vez pérfido, inhumano
De mis males y duelos se rïera.
¡Qué mal conoce al hombre quien apoya
En otro hombre su dicha y esperanza!
Solo el que nos hiciera de la nada
Puede darnos la paz y la bonanza.



VANIDAD DE LA CIENCIA HUMANA.

En la sien altanera del humano,
Que su grandor revela y su destino,
Un destello celeste y peregrino
Fulgura sin cesar;
Llama hermosa del cielo desprendida
Que ciñe como auréola su frente
Y pinta la grandeza de su mente
Con fuego en su mirar.
Inquieto si le mecen en la cuna,
Ó si juega en los brazos del cariño,
Con ojos afanosos sigue el niño
Cuanto de nuevo ve;
Y poned en sus frágiles manitas

Juguete de resorte, cuando gira
Aquel secreto, extático ya admira,
Y pregunta ¿por qué?
Que sereis semejantes á los dioses,
Dijo el reptil infame al primer hombre,
Encubriendo la muerte con el nombre
De saber mal y bien;
Y halagado con grata perspectiva
De un saber mas sublime y encumbrado,
Con vergüenza se mira desterrado
De la dicha de Eden.
Mas así no se borra de su pecho
Esa ardiente vivísima centella,
Corre en pos afanoso de su huella
Si lejano la ve;
Sin cesar la persigue con anhelo,
En pos de ella frenético suspira,
No teme riesgos arrostrar, ni mira
Dónde posa su pié.
Vedle al pié de pirámides gigantes
Que contemplan la marcha de los siglos,
Que parecen altísimos vestiglos
Que el infierno abortó;
Y él se acerca y pregunta curïoso,
Y circuye su base dilatada,
Y pregunta á la piedra inanimada
¿Quién allí las alzó?
De Tebaida pregunta á los desiertos,
Á torres, obeliscos y ruïnas,
Y á los trozos de esfinges peregrinas,
Y á las grutas de Osiut,
Y á la roca elevada y solitaria
Que columbra de un monte en la cadena,
Que á su pié mira un piélago de arena
En el país del sud.
¡Qué le importa dejar su patria cara
Y arrojarse al furor del mar bravío,
Y en los leños endebles de navío

Su vida abandonar!
¡Qué le importa con tal que allí sospeche
Que al través de peligros y de azares
Rara concha á la orilla de los mares
Tal vez podrá encontrar!
Ni le asustan de bárbaros salvajes
Las sangrientas orgías, los horrores,
Ni del vasto desierto los ardores
En inmenso arenal;
Ni el bramar de los brutos mas feroces
Que recorren la alzada cordillera,
Si observar entre el riesgo quizá espera
Oculto mineral.
¡Qué vale tanto afan! tanto delirio!
Al desplegar un cuadro la natura
Con pomposa riqueza y hermosura
Dice el hombre ¡lo ví!
Y se acerca y levanta el ancho velo
Creyendo descubrir un nuevo mundo,
Y un abismo mas ancho y mas profundo
Halla asombrado allí.
Y al divisar ya fúlgida, brillante
Que le halaga una auréola de gloria,
Se agolpan en tropel á su memoria
Otros mas sabios que él,
Y sus escritos que polilla cubre,
Que yacen en repuestos olvidados,
Y siente sus delirios amargados
Con la gota de hiel.
¡Ni qué valen los rayos de la gloria
Revueltos entre gratas esperanzas,
Qué valen lisonjeras alabanzas
Cuando el hombre murió!
Está el cadáver yerto en el sepulcro,
Cual sombrío trofeo de la muerte,
Y al inmenso destino de otra suerte
El alma ya llegó.
¡Y creeis que le plazcan los encomios

Que tributan los míseros mortales,
Cuando viva en moradas eternales
Él dichoso sin fin!
Cuando viva en un piélago de dicha
Donde no hay ansias, desazon ni llanto,
Cuando entona las glorias del Dios Santo
En coro el serafin!
Ni que calme sus hórridos tormentos
Si réprobo cayera en el averno,
Ni que llegue al profundo del infierno
La gloria y el honor
Que el mortal le tributa con lisonja...
¡Ah! si en la vida es vano su consuelo,
¡Qué ha de ser entre el llanto y desconsuelo
De morada de horror!



LA RELIGION.

Blando consuelo del alma,
dulce bálsamo del pecho,
solo asegurado techo
en tremenda tempestad;
solo tú muestras sendero
al cansado peregrino
extraviado de camino
en desierta soledad.
Ay del hombre que no espera
en esta tierra de abrojos,
que no levanta sus ojos
á la celeste mansion;
que no verá el infelice
mas que un piélago de arena,
que interminable cadena
de penar y desazon.

Tú meciste ya mi cuna,
tú me tomaste en tus brazos
y con blandísimos lazos
fijaste mi porvenir;
yo no sabia quién eras,
y con el santo bautismo
me librabas del abismo
en la aurora del vivir.
Y una cruz misterïosa
en la frente me imprimiste,
amorosa sonreiste,
yo me sonreí tambien;
invocabas á Dios trino
y me ungias con aroma,
y la celeste paloma
descendió sobre mi sien.
En los juegos de la infancia
con ternísima blandura
al Autor de la natura
me enseñabas á adorar;
y de tus labios manaba
sublime sabiduría,
y yo no te comprendia
y tornaba á preguntar.
En la aurora de la vida
ya me hablabas de la muerte,
y tambien la eterna suerte
que el Eterno preparó;
con caracteres de fuego
la imágen de este gran dia
se fijó en mi fantasía,
y nunca mas se borró.
¡Qué me importa que de acíbar
derrames amarga gota
cuando dentro el alma brota
un pensamiento fugaz;
y que en medio de la dicha,
con que el mundo nos convida,

una palabra temida
digas con serena faz!
Que los placeres de muerte,
con que el mundo se embrïaga,
presentes cual copa aciaga
de veneno y frenesí;
¿dices tú mas por ventura
de lo que él mismo no niega,
cuando de locura ciega
por momentos vuelve en sí?
Esa frente tan serena,
esa mejilla lozana,
de rosas de la mañana
esa matizada tez,
con los años roëdores
dejará de ser tan bella
marcada con negra huella
de la caduca vejez.
De flotante cabellera,
que sombrea desdeñosa
la tez de nieve y de rosa
y ese cuello de marfil,
un dia en la sepultura
de la cabeza ahuecada
sobre testa blanquëada
quedará raro perfil.
¿Y quién sabe si está léjos
ese dia de tristura
en que abierta sepultura
no se nos venga á tragar?
¿Quién sabe si en el sepulcro
yacerás quizá mañana,
como la rosa temprana
que el cierzo vino á secar?
¿Quién sabe si ya mañana
esos ojos hoy altivos
causarán miedo á los vivos
con fria inmovilidad?

¿Si vendrá el sepulturero
á quitarnos la mortaja
para hundirnos en la caja
con estúpida frialdad?

La candela funeral
velará junto á nosotros,
nos vendrán á ver los otros
estremecidos de horror;
y de noche en las tinieblas
nos velará temeroso
un hombre silencïoso
bañado en frio sudor.

¿Qué será entonces del alma,
de ese ser que ahora piensa,
y que por region inmensa
divaga con rapidez,
cuando ese trozo de barro,
de polvo vano y miseria
á la terrenal materia
haya tornado otra vez?

¿Á un porvenir infinito,
que en nuestra mente no cabe,
con un helado *¿quién sabe?*
nos osaremos lanzar?
¿Y con la duda terrible,
que al oido impío zumba,
bajaremos á la tumba
sin de nosotros curar?

¿Y si pasado un momento
que hayas cerrado tus ojos
te encontrares ya de hinojos
ante un Dios de majestad,
cuando te pidiere cuenta
con un semblante indignado
de haberle menospreciado
con insana necedad?

—

En esta vida triste y pasajera
pasemos y lloremos,
y al flébil son del arpa lastimera
afligidos cantemos:
sea nuestro cantar cual los plañidos
del infeliz hebreo
que cantaba con lúgubre gemido,
cautivo del caldeo;
y arrimado á las torres elevadas
del fiero Babilon
dirigia incansable sus miradas
al país de Sion.
Suspendiendo su lira enmudecida
en las ramas de un sauce,
resonaba su voz entristecida
en los ecos del cauce.
Del Eufrates bajaba á la ribera
recordando el Jordan;
la pena le contaba cruda y fiera
y endulzaba su afan.
Que corren velocísimos instantes
á un nuevo porvenir,
como corren los rios ondulantes
en la mar á se hundir.
La opaca lobreguez de tumba fria
pavor no causará,
que una luz mas hermosa que del dia
veremos mas allá.
Ni el gusano roedor que nos carcome
entre la fetidez,
que otro dia fragante cual la aroma
ha de ser nuestra tez.
La frente coronada de fulgores,
auréola de luz,
el dia que el Señor de los señores
descienda con la cruz
Cercado de brillantes querubines
con plena potestad,

en torno de abrasados serafines
con alta majestad.
  Eclipsando la cúpula y peana
de su rayo el fulgor,
el sol que se levanta en la mañana
con vivo resplandor.
  De estrellas que en lo alto centellean
orlado el escabel,
de soles mil y mil que le rodean
coronado el dosel.
  En este val de llanto y amargura
pasemos y lloremos,
que hoy cantamos con plácida tristura,
mañana no seremos:

—

  Y al ángel de quien te ries
contemplarás á tu lado
con su semblante velado
sin saber qué responder;
y oïrás fallo terrible
herir cual rayo tu frente
ahogándose tu mente
bajo el peso de su ser.



Á LA MUERTE DE UN AMIGO.

—

  Para mi mal y desdicha
al despuntar la mañana
de una fúnebre campana
el son hasta mí llegó.
  ¡Señal funesta de llanto!
aun recuerdo tu plañido,

cual doloroso gemido
que en la tumba resonó.
En risueñas ilusiones
de un porvenir venturoso
soñando por el umbroso
valle andábamos ayer.
Hoy yaces cadáver frio
marchito y amarillento,
y del dolor el lamento
te rodea por do quier.
¡Yaces! ¡ay! tus mustios ojos
velados ya no fulguran,
de mostrarme ya no curan
el ardor de la amistad.
Ni un viviente está á tu lado,
solo tu amigo que vela
á la luz de una candela
en sombria soledad.
¡Y es mejor! que el mundo frio
luciendo pomposo luto
contempla con ojo enjuto
las escenas del dolor.
Y secara en un instante
con su mirada de hielo
esa lágrima de duelo
que me endulza el amargor.
¡Duerme en paz! que aquesta tumba,
que riega ahora mi llanto,
mil veces con triste canto
á solas recordaré;
No es el dichoso el que canta,
mas dulce el dolor inspira;
y si es felice la lira,
es con dicha que ya fué.

LA VÍCTIMA

EN EL SANTUARIO.

Muge el viento batiendo con bramido
Las paredes sombrías del convento,
Y en el bosque cercano su ronquido
Resuena como lúgubre lamento.
La bóveda sombría
Sus ecos repetia
Y el gemir de la tumba silenciosa
Le responde en voz lúgubre y medrosa.
El templo en soledad.... aroma grato
Se respira al entrar; y en la capilla
Descúbrese la Imágen con su ornato
Á la luz de la lámpara que brilla.
Su rayo tremulento
Sombrea el pavimento,
Y retrata en la gótica techumbre
Negras sombras que vagan por su cumbre.
Planta tarda, la veste blanquecina,
Con sandalia pausada y muy suave
Un bulto que lentísimo camina
Atraviesa del templo la ancha nave:
Detiene su pisada
Al pié de augusta grada,
Se arrodilla humildísimo en el suelo,
Y aparta de su faz el blanco velo.
¡Qué jóven! cuatro lustros en su frente
No se cuentan aün; su tez hermosa,
Bozo de oro matiza levemente
Mejilla dó se pinta nieve y rosa.
Mas huella de tristeza
Marchita su belleza...
Sü palidez mortal... mirar inquieto
Revelan que le espanta algun secreto.

Y el viento continúa rebramando,
Y las puertas rechinan en sus gonces,
Y se oyen mas lejanos resonando
De otras puertas horrísonos los bronces.
Marcando va la hora
Campanada sonora,
Azorado la escucha el Cenobita,
Mira en torno, y azórase y se agita...
¡Qué será! y está en lágrimas deshecho:
¡Qué cuidado le roe y le devora!
¡Qué suspiros arroja de su pecho!
Y del cielo el amparo inquieto implora.
¡Será que en tierno seno
De abrasador veneno
Un raudal el arcángel alevoso
Le derramó turbando su reposo!
¡Mas no! que en sus miradas virginales
Retrata la mas cándida pureza,
Y se baña su faz con dos raudales:
No se pinta frenética tristeza
Que negra huella imprime
Y con despecho gime:
Está en ansia mortal; mas en su frente
Descúbrese el candor de un inocente.
¡Dios eterno! (se le oye) *¡Jesus mio!*
No recordeis mis culpas: mi delirio
Fué un error de mi mente, un extravío
Que quizás lavaré con el martirio:
Aceptad esa ofrenda
¡Señor! que hora tremenda
Tal vez se acerca: vuélvaos propicio
Mi sangre que os ofrezco en sacrificio.
¡Delirará tal vez!... mas sordo ruido
De repente los pórticos atruena
Del claustro: y entre *vivas* confundido
¡Muera! ¡muera! terrífico resuena.
Fiera turba frenética destroza,
Hasta al templo penetra ya un sicario...

¡Aleve! con la víctima se goza
Que allá divisa al pié del santuario.
Negra barba rizada le rodea,
Una faz retostada y polvorienta,
Ancho gorro encarnado le sombrea,
Sien con crímen marcada y con afrenta.
Sangre brota su vista, y al instante
Sangre bañan sus manos fratricidas,
Y un puñal se descubre fulminante
En sus manos de sangre ya teñidas.
¡Ya se avanza!... ¡la víctima inocente
En sus manos estrecha un Crucifijo!
¡Perdonadme, Señor!... ¡Padre clemente!
¡Por la sangre vertida por vuestro Hijo!
¡Monstruo!... deten tu brazo... ¿no te ablanda
La vista de tan cándida inocencia
Que se postra á tus piés... y te demanda
Perdonadme la vida por clemencia!
¡Qué mal os hice yo! ¡oh hermano mio!
Poco hace vine... con mi madre estaba...
¡Muere! exclama frenético el impío:
¡Muere! y rabioso su puñal le clava...
¡Ay madre mia! exclama, y cae al suelo,
Mira al monstruo, mas él ensangrentado
Retira el filo y con feroz anhelo
Vuelve, y lo hunde en el seno desgarrado!
¡Tigre!... ¡mira!... espiró; ¿y el hondo abismo
No temes que se te abra de repente?
Y que el cielo indignado aquí... ¡aquí mismo!
Vengue sangre tan pura é inocente?
¡Mírale!... tu mirar frio y horrible
Y tu mofa mas negra que el infierno...
Á tu lado hay un ángel invisible
Que lo escribe en el libro del Eterno.
¡Mira! ¡mira! su sombra ensangrentada
De tu brazo verásla siempre asida,
Y oirás siempre su voz tan ahogada
Que *por Dios* demandábate la vida.

De muerte cuando yazgas en el lecho
Verásle, lleno de terror y espanto,
Mostrándote ancha herida con que el pecho
Le rajaste en el templo sacrosanto.
Tierno mártir de saña tan aleve,
Yaces ¡ay! y aun te befan con insulto:
¡Arde ya el templo! y hundiráse en breve...
Yacerás entre escombros insepulto.



LA IRRUPCION DE LOS BÁRBAROS.

¡Véisle! no veis cuán rápido se avanza
Cual brïoso corcel robusto y fiero,
Cual oso endurecido en los rigores
Del nevado Aquilon;
Y al divisar un cielo mas hermoso,
Un clima mas feliz y placentero,
Se apercibe de guerra á los horrores
Con bélica cancion!
Entretanto reposa en sueño blando
Embriagada en placeres halagüeños
Y entregada á magníficos ensueños
La soberbia Ciudad;
Las costumbres severas, que pujanza
Le dieran y extendido poderío,
Olvidando en imbécil desvarío
Y en fatua vanidad.
En vano á la pelea se apercibe,
En vano de los brazos voluptuosos
Arranca enflaquecidos y medrosos
Con bélico clarin
A sus hijos, que sordos de la gloria
Al renombre, de patria á los clamores

Frios ven cual amagan los horrores
Y desastres sin fin.

Avanza fiero, no temas
de sus ínclitos varones,
de sus invictas legiones
el denuedo;
no son ellos, es su prole,
débil y menguada raza
cubren con áurea coraza
bajo miedo.
Sus trofeos ostentosos,
sus dorados estandartes,
sus murallas y baluartes
alza en vano;
su flaca cerviz no sufre
peso de férrea cimera,
ya no vibra lanza fiera
blanda mano.
Avanza, bárbaro, avanza,
que ese ruïdo que zumba,
que tal vez crece y retumba,
no es guerrero:
es el clamoreo insano
de un gentío que se goza
si una víctima destroza
bruto fiero.
Tu sien indómita muestra,
hay un destino terrible,
que quizás mano invisible
habrá escrito;
á ese coloso soberbio,
que tan poderoso miras,
el Dios eterno en sus iras
le ha maldito.
Avanza, bárbaro, avanza,
deja tu áspera vivienda,

arroja tu pobre tienda,
marcha á Roma;
rico botin te convida,
lecho de oro recamado,
y un ambiente embalsamado
con aroma.

—

Ronca bravío el huracan insano
Y un bosque arranca de robustos pinos
Que en confuso tropel del alto monte
Ruedan entre fragor y torbellinos;
¿No veis en el confin del horizonte
Sus huestes numerosas?
¿No veis cual se revuelven?
Ya cubren el collado,
Y su negra espesura
Inundando la anchísima llanura,
Como el mar por los vientos azotado,
En gruesos pelotones,
En confusas hileras,
Cual indómitas fieras
Entre sordo ruïdo
Dando el bronco bramido
De las olas que baten las riberas.
¡Cuánta sangre! ¡qué negra polvareda
Se levanta del campo de batalla!
Esfuerzo vano, es débil la carrera
De apiñadas legiones:
La robusta muralla,
Profundos fosos, baluarte recio
Contempla con desprecio,
Y en ademan altivo
Pisa con planta fiera
La cerviz humillada del cautivo.
En campamento inmenso,
Como selva de lanzas y armaduras,
Por do quier á los ojos

Se ofrecen mil esclavos aherrojados,
Desnudos y apiñados
Al pié de sus riquezas y despojos.
Allá en medio una tienda,
Tosca, de polvo y sangre salpicada
Flota á merced del viento;
Con presentes sin cuento,
Con la frente sombría y humillada
Van llegando de reyes poderosos
Los legados medrosos,
Y al postrarse en el suelo
Ensánchase su pecho de consuelo,
Si mirada benigna
Dispensarles el Bárbaro se digna.
Caiste, caiste, tú, ciudad señora
Del orbe, y en tus ruinas
Algun dia sentado el vïajero,
De tu antigua grandeza,
De tu brillo y espléndida riqueza,
De tu cetro que humilla al orbe entero
El rastro no hallará.
¿Ves cual vuelve sus ojos fulminantes
Girándolos hácia ti?
¿No ves cómo abandona ya su tienda
El Bárbaro, y, cual negro torbellino,
Se levantan sus huestes?
¿No ves cómo el camino
Les muestra, de tus cúpulas soberbias
Señalando el reflejo peregrino?
Mas ¿quién es que con paso majestuoso
Tranquilo se adelanta?
Solo, marcha sin bélico aparato,
Y al encuentro del bárbaro caudillo
Endereza su planta!...
¿Qué sello misterioso
Orla su frente santa,
Que á su presencia augusta
El Bárbaro indomable y orgulloso

Se inclina respetuoso?
La sien torva y adusta
Serenando suave y complaciente,
Escucha atentamente
Del venerable Anciano
El hablar misterioso y sobrehumano.

—

Descansa, oh ciudad, en paz,
Del incendio los horrores
No temas, ni los furores
De su fulminante lanza.
Retrocede... y de sus huestes
Suena remoto el clarin;
De su huella en el confin
El polvo apenas se alcanza.

EL AJUSTICIADO.

—

Cercado de antiquísima muralla
Levántase un castillo tenebroso,
Erizado de espesa y fuerte valla,
Ceñido de profundo y ancho foso.
Centinelas vigilan las entradas,
Centinelas vigilan la avenida,
Triples puertas robustas y ferradas,
Triple reja calada y constreñida.
Al través de mugrientos corredores
Dó fulguran desnudos los aceros,
Dó el crujido de grillos sonadores
Alterna con suspiros lastimeros,
De una lámpara al rayo moribundo
Que el calabozo alumbra á duras penas,
Postrado se divisa y gemebundo,
Agobiado de grillos y cadenas.

¡Infelice! se acerca fatal hora,
Un profundo suspiro tal vez lanza,
Tal vez gime, tal vez piedad implora...
¡Todo horror sin un rayo de esperanza!
Solo un santo ministro está á su lado,
Un ministro que en lágrimas deshecho
Abraza al infeliz acongojado
Y le estrecha amoroso contra el pecho.
«¡Padre mio!... ¿se borran mis maldades? —
¡Hijo mio!... la sangre del Cordero
Se derramó por tí; de sus bondades
¿Prenda eterna no ves en el madero?
Cuando espira ya exánime y sangriento,
Aun promete corona de la gloria
Al culpable que en bárbaro tormento
Señor, dijo, de mí tened memoria. —
¡Y la muerte que dí yo al inocente
Que la vida clamaba con temblor! —
Ora él ruega por tí á Dios clemente,
Tu perdon le demanda con amor.»
Ya el murmullo resuena, crece el ruido,—
«¡Padre, es la hora! ya se oye el atabal,
Ya el cerrojo da horrísono crujido!...
¡Santo Dios! ¡qué congoja tan mortal!»
Levántate, le dicen, y al moverse
Van grillos y cadenas resonando,
En pié ya está... no puede sostenerse,
Dánle el brazo, va trémulo marchando.
Cubierto con capuz amoratado
Al lado del ministro dolorido,
Dentro un cerco de lanzas erizado
Se presenta al gentío estremecido.
Alza turbios los ojos un momento,
Y abatido á la tierra los inclina...
¡Piedad! clama con lúgubre lamento,
¡Jesus mio! y lentísimo camina.
Y atabal destemplado
retiembla mas allá,

que al soldado
su paso mesurado
lento marcando va.
Y agolpada la turba con premura
Las angustias contempla de aquel hombre,
Gran congoja le causa y amargura
Sin cesar repitiendo aciago nombre.
Y atabal destemplado
retiembla mas allá,
que al soldado
su paso mesurado
lento marcando va.
¡El cadalso! ¡ay! descubre levantado,
Sudor frio le baña como hielo,
Se pára... retrocede horrorizado
Anublando sus ojos denso velo.
Y atabal destemplado
retiembla mas allá,
que al soldado
su paso mesurado
lento marcando va.

En vano giran sus ojos;
en valla espesa de aceros
ha ya entrado; brutos fieros
se agitan en derredor
cabalgados por atletas
de postura y faz sañuda,
blandiendo con mano ruda
el hierro amenazador.
Se adelanta, que en la tierra
ya no le queda esperanza,
tiembla, desmaya, se avanza
muy lento, llegó por fin...
El perdon... aun... cual lejana
luz que al abismo no alumbra,
y que al ahogarse columbra
el marino en el confin.

¿Quién es aquel ser terrible
que extiende sobre él la mano,
y que ceñudo é inhumano
le contempla sin horror?
¡su boca medio entreabierta,
sus ojos de sangre y llama,
su tez de negruzca escama,
su voz de espanto y temblor!
Le mira el reo azorado...
se encuentran las dos miradas,
por un instante fijadas
se vuelven á separar.
El reo la faz esconde
del sacerdote en el manto,
quien le baña con su llanto
y le torna á consolar.
Abrazados tiernamente
hablan de dulce esperanza;
mas el verdugo se avanza
y los viene á distraer
como atroz remordimiento,
como fantasma de muerte,
recordándole su suerte
con horrible padecer.
Ya se separan por fin,
ya el sacerdote le suelta,
anda la turba revuelta
entre confuso rumor:
otra vez al Crucifijo
besa trémulo y finado,
y con rostro amoratado
se adelanta con temblor.
Pasan algunos instantes,
el gentío está apiñado
con el rostro levantado
y en silencio sepulcral:
mil alaridos siniestros,
ayes de mortal espanto

se difunden con el llanto...
¡ya se dió el golpe fatal!
Ronco el atabal retiembla,
y el gentío condolido
se retira estremecido
de escena de tanto horror:
solo por un largo espacio
en su lugar permanece
el sacerdote que ofrece
sus plegarias al Señor.
El mundo otra vez se entrega
á su vano desvarío,
y el cadáver yerto y frio
queda allá en postura cruel:
todos evitan su vista,
cual sombra viene á la mente,
mas se esfuerzan prontamente
por no pensar mas en él.
¡Infelice! de ignominia
y cruda afrenta cubierto,
horrible, morado, yerto
tendido yaces aquí;
y el transeunte se aparta
haciendo largo rodeo
por no ver de cerca al reo
cuyo bulto mira allí.
¡Hijo de negro infortunio!
expiado ya está tu crímen;
¡cuántos pensares me oprimen,
cuánta idea de dolor,
al mirar tu boca abierta
y esa velada pupila
inmóvil que ya no oscila
de la luz el resplandor!
¡Tu madre!... ¡quién le dijera
al darte su dulce pecho
cuando con abrazo estrecho
besos te diera sin fin,

que en patíbulo afrentoso
espiraria aquel niño,
que ella en raptos de cariño
llamaba su serafin!
¡Que aquella cabeza hermosa
cubierta con hilos de oro,
que ella llamó su tesoro
y su perla y su rubí,
por el suelo desgreñada
yaceria y polvorienta,
atestigüando la afrenta
que el crímen marcara en tí!
En tan acerbo conflicto,
en pena tan cruel y dura,
en tan terrible amargura,
al ver trance tan fatal,
entre pensares sombríos
al hombre, que lo contempla,
solo un pensamiento templa
la amargura de su mal.
Ese infeliz ya no existe,
nada siente de su pena,
satisfecha la condena
el alma al cielo voló;
y aun en medio de su angustia
y de su agonía larga
su pena menos amarga
la esperanza le volvió.
¡Hombres que en el polvo hundidos
alzais la réproba frente
y de un Dios Omnipotente
hasta disputais el ser!
¿teneis acaso en vosotros
una gota de consuelo
que en trance de tanto duelo
amortigüe el padecer?
¿Cuando el reo os dirigiera
aquella vista azorada,

le presentareis la nada
como un recuerdo crüel?
¿En sus angustias de muerte,
al borde de inmenso abismo
le hablareis del fatalismo
con sus sabores de hiel?
¿Y que marche con audacia
le direis cual varon fuerte
arrostrando afrenta y muerte
con horrible estupidez?
¿O que afee su negrura
dirigiéndose al suplicio
con negra marca de vicio
y crímen sobre su tez?
¿No será menos amargo
el pensar que su tormento
con hondo arrepentimiento
finirá con el morir,
que no luchar de contínuo
con vuestra duda que pasma
sentada como fantasma
al umbral del porvenir?

Son terribles del Cielo los destinos,
Sangre el campo y patíbulos inunda,
Altos cedros al ímpetu tronchados
Miramos de furiosos torbellinos;
De altas cumbres en hoya muy profunda
En un punto los vemos sepultados.
De frenesí cegados
Del mundo no borremos el consuelo...
¿Y quién al hombre mísero asegura
Que en angustioso anhelo,
Que en aciaga congoja y amargura...
¡Ah! del tiempo quién alza el denso velo?

PORVENIR.

¡Porvenir!... y por caos tenebroso
Divagando mi mente
Porvenir repetia,
Y á mi oido zumbaba sordamente
Un ruïdo confuso y fragoroso;
Y oir tal vez soñaba
El rebramar del huracan lejano
Que en montañas levanta al Oceáno.
Y cien generaciones desfilando
Cual fantástica hilera
De sombras y de espectros
Que en profundos abismos se sumiera;
Y otra hilera despues se levantando
Que en pos de ella se hundia,
Como cria y deshace en un instante
Visiones fantasía delirante.
Y á mi vista se hundian las techumbres
De torres coronadas
Y el alcázar soberbio;
Y en el polvo yacian sepultadas
Las maravillas y oro de sus cumbres
Cubiertas de vil greda,
Y en montones de escombros las ciudades
Y en su torno espantosas soledades.
Entre humo y cenicientas llamaradas
De volcan rebramante
Las mas bellas campiñas
Sepultarse veia en un instante;
Dó colinas de mieses coronadas
Antes se levantaban,
Ahora cordilleras caprichosas
De montes, riscos, simas espantosas.

¡Ay! y el mar, dó sus aguas precipita
El Támesis umbrío,
Batiendo con sus ondas
Los terribles costados de un navío;
Y dó el pintado pabellon se agita
Con el soplo del viento,
Surcando con grosera y ruda proa
De salvajes henchida la canóa.
¿Dó está la gran ciudad y sus torreones?
¿Dó está el colosal puente?
¿Dó están las ricas flotas
Que del rio cubrian la corriente,
Y los varios y ricos pabellones
De pueblos poderosos,
La humareda que alzara tanta nave
Mas ligera y mas rápida que el ave?
Y un momento despues ni leve seña
Dó la gran isla fué,
Y ni el ave encontrar podrá una peña
Para posar su pié;
Pues que como de arena el leve grano
El mar se la tragó,
Lanzando con furor bramido insano
Sus ondas revolvió.
El austral marinero
Extenderá sombrío y silencioso
Sus ojos por el piélago espantosó,
Y al pasar por allí
Tal vez conservará leve memoria,
Vago recuerdo agitará su mente,
Y dirá indiferente:
¿Quién sabe si era aquí?
¡Ay dolor! y al mirar que cerca se alzan
De montes cordilleras erizadas,
En busca de regiones habitadas
Tal vez se acercará
Al pié que baña majestuoso el Sena,
Y al hallar por do quier bosques de encinas

De cien pueblos ilustres las ruïnas
Sin pensar pisará.
Y del monte á las cimas elevadas
Treparán los salvajes aturdidos
Lanzando destemplados aullidos
Corriendo á se esconder;
Tal vez se pararán por un momento,
Y al revolver inquietos tosca cara
Alzarán los marinos algazara
Para hacerlos correr.
¡Insensato viajero! que á infelices
El desprecio prodigas y la risa,
¿Sabes acaso dó tu planta pisa?
¿Sabes tú qué hombres ves?
Tu pais en el globo no existia,
Y estaba aquí pujante y orgulloso
Un gran pueblo ilustrado y poderoso
Que se llamó francés.
Socava las entrañas de esa tierra,
Y tal vez de navíos estrellados
Breves trozos en piedra ya trocados
Con asombro hallarás;
Del padre de esas hordas que desprecias
Esculpido tal vez verás el nombre,
Y á despreciar la vanidad del hombre
De ellos aprenderás.
¡Ay dolor! atrevido vïajero
Entre zarzas y ramas un sendero
Abriendo con afan y pena dura,
Rendido de cansancio y amargura
Penetrará hasta aquí;
Y entregado á sí propio, pensativo
Meditará aquí mismo dó yo escribo,
Y no sabrá que fuí.
¡Porvenir! ¡Porvenir! y alzando el vuelo
Mi mente levantábase hasta el cielo,
Y veia la tierra
Como pequeño grano,

Y al hombre cual gusano
Que por ella se arrastra con faena;
Y al mirar cómo olvida
Que fugaz, cual la risa del contento,
Pasará en un momento
El durar de su vida,
Su fatua vanidad, su orgullo necio
Miraba con sardónico desprecio.
Que es el hombre cual gota de rocío
Que el ardoroso sol seca en estío,
Ó cual brilla un momento
Una leve centella,
Ó cual dura la huella
Que en el polvo imprimiera el vïajero:
Y el sudor me bañaba,
Y mi pecho oprimido
Un agudo gemido
Dolorido lanzaba,
Y de blanda tristeza llena el alma
Tal vez lloraba en apacible calma.
¡Oh Patria mia! tú tambien desiertos
Verás tus campos y tus prados yertos:
¡Qué se hicieron tus fértiles campiñas,
Tus anchas vegas y doradas viñas
Que matizaba el sol!
Ni sombra quedará de nuestra gloria,
Ni habrá quienes recuerden la memoria
Del renombre español.
Mas allá, en el confin del horizonte,
De las olas hirvientes
Nacian nuevas tierras
Que luego se poblaban de vivientes;
Ancha llanura y elevado monte
Sus lugares trocaban,
Y dó antes abrasados arenales,
Ora vegas sembradas de frutales.
Los mares undulantes se agitaban
Con rebramar bravío

Las tierras embistiendo
Como abordan á veces un navío,
Y cien vastas ciudades se anegaban;
Yo veia sus torres
Hundirse cual de naves estrelladas
Los mástiles con velas replegadas.



LA VOZ DEL DESENGAÑO.

¿Qué tienes, corazon mio,
qué desazon te devora,
quién acibara esa hora
tan amarga para tí?
Qué ¿te fastidia del dia
la luz tan clara y hermosa? —
¡Ay, que noche tenebrosa
mas grata me fuera á mí!
¿Qué busco yo en esa tierra
donde nada me contenta,
donde todo me atormenta,
donde gimo sin cesar?
¿Es acaso un infortunio
sueño de muerte profundo,
y eso que llamamos *mundo*
para siempre abandonar?
Cuanto en torno me rodea
todo es frio, nada place,
nada cumple y satisface
esa desazon febril:
yo bien oigo en torno mio
el bullicio y risotada
de esa turba abandonada
á su gozar infantil.

Mas su risa
solo me excita tristeza;
lo que apellida belleza
mi pié pisa;
me alargan alegre mano,
es en vano;
que en mi corazon no cabe
esa alegría de juego,
que del pecho mio el fuego
ese gozo no apagara.

—

Bien lo sabe
la mi mente, que extraviada
recorre un espacio inmenso,
cuando pienso
que yo y cuanto me circunda
en la soledad profunda
yaceremos só una losa
en la hoya tenebrosa;
¿y no ve esa turba insana
que tal vez será mañana?

—

Destino triste del hombre
envuelto en oscuro abismo,
ó huir siempre de sí mismo,
ó llorar y padecer;
pero ¿qué vale esa fuga
si nos viene á pesar nuestro
como un recuerdo siniestro
la idea de nuestro ser?

—

¿Qué son esas algazaras,
ese bullicio y orgía
que de noche en pos del dia
nos convidan sin cesar?

¿No es acaso disfraz vano
con que el mundo dice: olvida
el destino de tu vida
si te quieres aliviar?
Pero ¿qué vale el olvido
ni qué vale un sorbo frio
en el calor del estío
para calmar cruda sed,
si en medio de los festines
sale una mano terrible
nuestro destino inflexible
escribiendo en la pared?

—

¡Ay! no nos riamos, nó,
lloremos, sí, pues el llanto
tiene un apacible encanto
que calma dura crudeza;
la tristeza
á veces es tambien blanda
y halagüeña.
Separada de su banda
triste avecilla en la peña
posa tal vez; y su trino
es mas grato y peregrino
que el gorgeo turbulento
y el destemplado chirrido,
con que fatiga el oido
turba de voces sin cuento.

LA MUERTE DEL ESCÉPTICO.

¿Veis cual cubre el sudor su ajada frente,
Cual se agita y revuelve sin descanso
Inquieto por el lecho del dolor,
Y sus hijos sollozan tiernamente,
Y su esposa inclinada sobre el lecho
Dolorida le enjuga su sudor?
Jamás alza sus ojos hácia el cielo,
Su mirar el del crímen y la muerte,
Pesaroso suspiro tal vez lanza;
Ni en sus labios palabra de consuelo
Ni un solaz que sus penas aligere,
Todo horror sin un rayo de esperanza.
Acerba duda, que con mano yerta
Su corazon helaste para siempre!
¡Maldicion á su orgullo y su saber!
¡Ah! la tumba á sus piés está ya abierta
Y una voz incansable le repite:
«O la nada ó un eterno padecer...»
Aléjate ¡insensato! de su lecho,
Endulzar quizá piensas su amargura
Hablando de infeliz celebridad.
Crees calmar la angustia de su pecho
Enfático leyendo frágil hoja
Que anuncia con dolor su enfermedad.
¿Ves? á otro lado vuelve su cabeza,
Pesaroso te aparta con su mano,
Le fatigas: no quiere te escuchar.
Mas opaca le cubre la tristeza,
Mil recuerdos se agolpan á su mente
Que le arrancan profundo suspirar.
¡Ya espiró!... y hojas mil y mil su nombre
Con énfasis alzaban hasta el cielo,
Sus hinchadas colunas yo leí;

Y lamentando el delirar del hombre
Y abismado al pensar en sus destinos
En cáos asombroso me sumí.
Mas de una vez... en pié... junto á su tumba
¡Qué ideas divagaban por mi mente!
¡Leve instante y en pos la eternidad!
Y á mis oïdos incesante zumba
El porvenir, cual mágico ruïdo,
O cual muge lejana tempestad.
Y al sombrío brillar de las estrellas
Otra vez contemplaba las cenizas
Del hombre que su marcha calculó:
El tiempo borrará sus leves huellas,
La yerba sepulcral cubrirá en breve
Las vanas letras que amistad grabó.

LAS RUINAS.

¿Quién impele al intrépido viajero,
Quién le guia entre escombros polvorientos
A pisar los recuerdos de grandeza
De un grande pueblo? En vano le brindarais
Con el brillo de espléndida riqueza
Que desplega en alcázar ostentoso
El altivo magnate;
En vano de pensiles encantados
El aroma oloroso,
Los hermosos colores
De arbustos y de flores
Con variedad graciosa entretejidos
Halagan sus sentidos:
Todo es frio para él; mas le complacen
La adusta soledad, silencio horrible
De un monton de ruïnas,

De torre derribada hondo cimiento,
De una antigua muralla,
De un sepulcro, de oscuro monumento
La confusa señal, de una vivienda
La traza del roïdo pavimento;
Tébas, la de cien puertas,
Por la segur del tiempo destrozada,
Solo un recuerdo vano
De su renombre y gloria
En colosales restos
Del viajero presenta á la memoria.
Nínive, la minaz, la populosa
Ciudad, que fuera un dia
De cien pueblos señora,
Desapareció igualmente.
Busca el viajero ahora
Con afanoso aliento,
Y encuentra á duras penas
Un campo raso, inmenso, desolado
Dó la grande ciudad tuvo su asiento.
Y la reina de Oriente, maravilla
De la tierra, el orgullo del caldeo,
¿Dónde está? ¿Dó sus muros anchurosos
De gigantesca altura,
Sus aéreos pensiles,
Sus riquezas, su gala y hermosura?
Sumido yace en asqueroso polvo
De Nabuco el soberbio
El alcázar grandioso:
La rica galería,
De dó lanzára un dia
A cien pueblos postrados
Su mirada altanera y desdeñosa,
Cercado de caudillos y magnates,
Cubren de inmundo cieno
Desbocadas las aguas del Eufrates.
Allí absorbido queda
El viajero en sombrío pensamiento;

¿Quién allí le guió? ¿quién le detiene?
No se lo demandeis; es su destino,
Es que allí siente levantarse el vuelo
Del alma conmovida;
Allí revuelve del Autor del tiempo
Los profundos arcanos;
Allí, como en un piélago insondable
Anonadados sus pensares vanos,
Contempla con asombro
Al necio orgullo, vanidades locas
Del hombre miserable
Por el soplo del tiempo disipadas,
Cual florestas secadas
Por el sol abrasado del estío,
Cual troncha flaco arbusto
El rudo empuje de huracan bravío.
¡Inútil forcejar del triste humano!
Un momento del alma
El sombrío pensar, la idea aciaga,
Que incesante le sigue y le atormenta,
En olvidar se esfuerza:
En vano con placeres se embrïaga
De esplendoroso fausto;
Del brillo de la gloria de su nombre
En vano se rodea;
Con impulso robusto
Le sojuzga una mano y señorea,
El cáliz de amargura
En profunda tristura
Le ofrece sin cesar:
Cual sombra movediza le persigue,
Se disipa, se obstina, es vano empeño;
Mas severa le muestra
Mas adusta la faz, mas torvo el ceño.

. . . .

EL SABER.

¿Viste jamás, oh Fabio, del humano
Tranquilo el corazon, si pena cruda
No le sofoca con sufrir insano,
O en negro porvenir con faz sañuda
No le amagan fatídicos temores
Cual vapor denso con tormenta ruda?
Si exento de amargosos sinsabores,
Halagado por grata bienandanza
Como el aura meciendo tiernas flores,
O le sonrie amable la esperanza
Como nube dorada se divisa
Allá léjos en plácida bonanza,
Si en sus labios asoma la sonrisa
¿Quizá crees iluso que la vierte
Su placer? ¡Ay dolor! cansado pisa
Blando suelo alfombrado que la suerte
Benigna le depara, y en su pecho
El pensar se revuelve de la muerte.
De la vida sintiendo largo el trecho
Quizá goza un alivio en noche oscura
Inundando de lágrimas su lecho.
¡Cuántas veces, ¡ay Fabio! de tristura
Bañado el corazon, pensar sombrío
Me asaltó de la humana crïatura
Recordando delirios, extravío,
Quimeras, esperanzas burladoras,
Tanto sueño de vano desvarío!
Del placer en las copas seductoras
Amarguísimo absíntio derramado
En grandezas creia engañadoras.
En inmenso vacío disfrazado
El alcázar de altísima techumbre
Con prodigio del arte levantado,

El acato de humilde muchedumbre,
Los blasones, la pompa esplendorosa,
Vanidad, desazon y pesadumbre
Ya juzgaba; tan solo viera hermosa
Del saber la ilusion, que deshojada
No estaba aun, y prendóse candorosa
Mi alma, y sedienta en pos de su pisada
Anduvo con afan, del esplendente
Ropaje y hermosura deslumbrada.
¡Ay engaño! el saber, que á nuestra mente
Tan rico se le muestra y halagüeño
Con corona de luz resplandeciente,
¿Es acaso algo mas que hermoso sueño?
¡Cuántos nombres! ¡qué pompa y aparato!
¡Cuál porfian y luchan con empeño
Por cubrir con el velo del ornato
El vacío, la nada que se encierra
En el ídolo honrado con acato!
¡Míseros! el estruendo de la guerra
Con que lidiais sin tregua ni reposo
Implorando el favor del cielo y tierra,
¿Acaso no revela que engañoso
Mucha altura y muy flaca consistencia
Tiembla al soplo del viento el gran coloso?
Con figuras simbólicas la ciencia
Del Egipto los vates algun día
Cubrian y la estúpida creencia
Que al pueblo seducido envilecia.
¡Mísera vanidad! ¿dó el monumento
Del saber que en misterio se envolvia?
En mil viajes solícito y sediento
El saber el heleno busca en vano
Y amontona de fábulas sin cuento
Gran caudal que él adorna con su mano;
Vuela alzado el renombre de la Grecia
De la tierra al extremo mas lejano.
¡Grecia sábia! proclama turba necia,
Y ella ufana á dignísimas naciones

Cual bárbaras las mira y las desprecia.
  Del orbe las sublimes relaciones,
Del hombre los secretos y natura
Ventilan en pulidas oraciones
  Con galana agudeza y hermosura
Cubriendo con bellezas el lenguaje
De razones la flaca contextura:
  El gracioso atavío de su traje,
Su donaire cautivan los sentidos;
Mas, severa razon, que en su ropaje
  Descubre los disfraces escondidos,
Las contempla con frio desagrado
Como lazos falaces que tendidos
  A los pasos del hombre deslumbrado
De verdad al alcázar majestuoso
El camino mantienen atajado.
  Amanece aquel dia venturoso...
Del seno de su Padre descendida
La *Verdad* de candor el mas hermoso
  Y de amable dulzura revestida
Deslindando los bienes de los males
El camino demuestra de la vida.
  «Amor, dice, el lazo es de los mortales,
Su consuelo es el rayo de esperanza,
Vanidad son las cosas terrenales,
  En la tierra la dicha no se alcanza.
¡Desgraciados! seguidme, que en mi huella
Hay la senda de eterna bienandanza.»
  No tan grata á los ojos ni tan bella
En la noche mas lóbrega y oscura
Se presenta en el cielo clara estrella,
  Rasgada de la nube la espesura,
Leve azul su belleza acrecentando
Cual dolor en la faz de la hermosura:
  Y el orgullo ¡oh ceguera! cavilando
Odio esparce, discordias amontona
De disputas armando ciego bando,
  Y la lucha mortífera pregona.

Con placer ve Satán cruda contienda
Y atizándola astuto mas la encona.
  De salud abandonan la alma senda
Y pisado de union precepto santo
Que el Hijo de María recomienda,
  De la Vírgen de Sion el sacro manto
Destrozando en su orgullo, cien enseñas
Desplegadas ondean, y entretanto
  Cual buitre, que se arroja de altas peñas
Sobre la incauta presa que en mal hora
Divagára en campiñas halagüeñas,
  En sus garras la estrecha y la devora.
El ateismo del báratro profundo
Arrojado con forma seductora
  Encubriendo el aspecto mas inmundo
No hay Dios, clama, y en hórridos torrentes
Inunda de catástrofes al mundo.
  ¡Imbéciles! ¿no veis cual impotentes
Se esfuerzan en insano desvarío
De las olas bravías y furentes
  La fuerza en domeñar? Cual raudo rio
Que túmido arremete con pujanza
En pos de la tormenta del estío
  Y quebrantando el dique fiero avanza,
Arrasa el valle, tala la pradera
El fruto destruyendo y la esperanza;
  Tal roto el freno de la turba fiera
Se destroza en contienda fratricida,
Y entretanto, ¡ay dolor! necia ceguera
  De nombres pertrechada, y bien medida
Palabra, sus frenéticos furores
Á que calme la exhorta y la convida.
  ¿Subterráneos atruenan mil fragores
El oido, y la tierra se estremece,
De azares borrascosos y de horrores
  Inminente peligro siempre crece?
Pues mira, la balanza se equilibra
Y ondulando muy plácida se mece

Con leve contrapeso, apenas vibra
Con pausa mesurada de una esfera
Cuando oscila tirante de una fibra.
Tenaces en su estúpida quimera,
Muy contentos se afanan á porfía
En verter sus delirios por dó quiera.
Risa, Fabio, y desprecio moveria
Si la sangre y el llanto que á torrentes
Inundan la infelice patria mia
Consintiese el reir: ¿viste de amentes
Pilotos pobre nave dirigida
Cual zozobra entre escollos prominentes
De olas y tempestades combatida,
Y ellos ¡ciegos! disputan vanidosos
Del nivel de la mar embravecida?
Díme, Fabio, ¿no sientes pesarosos
Los dias de esa vida infortunada
Arrastrarse? ¿No envidias venturosos
Tiempos, en que esa tierra desdichada
Extendiera su clara nombradía
Á la zona que está mas retirada?
Mas ¿dónde estoy? mi mente se extravia,
Déjame que divague sin concierto...
¡Es tanto lo que el pecho me oprimia!
Lo siento y á explicártelo no acierto,
Tú, Fabio, que vil pecho no abrigáras
De mármol tan brillante como yerto,
Tú me comprenderás, seránte claras
Mis razones á tí, sombrío y triste
Antes que yo tal vez las meditáras.
Aun recuerdo, y quizás tú revolviste
Mil veces en tu mente aquellas horas...
Era en la edad de sueños que reviste
El mundo de esperanzas tentadoras.
¡El saber! ¡y qué mágico ascendiente
En el alma sus formas seductoras
Ejercian! del genio augusta frente,
De cien rayos orlada esplendorosos,

Nombre claro cual de oro la corriente
Burlando de los siglos numerosos
Los estragos, al par de los guerreros
Que en hazañas se hicieran mas famosos,
Su fuego, sus arranques altaneros,
Sus vuelos encumbrados, la osadía
De marchar por levísimos senderos
Atónito miraba noche y dia,
Y celeste vision en sombra humana
Un momento gozar me parecia.
¡Iluso! cual fantástica peana
De un ángel, ¿no miraras hácia el cielo
Levantarse ancha esfera muy lozana
Henchida de vapores? Rasga el velo
Endeble el rudo viento, y desplomada
Los destrozos esparce por el suelo.
Del humano la ciencia tan nombrada
Tal contemplo yo ahora entrometida,
De blasones pomposos adornada
Y de efímeros triunfos engreïda
Monumentos levanta, y el torrente
De los tiempos con recia acometida
Los socava, los vuelca fácilmente
Y el fruto de porfías y sudores
Va rodando en la rápida corriente.
Lleno un dia de amargos sinsabores,
Por dó quiera tinieblas encontrando
Ó vanos y mentidos resplandores,
El alma en cien pensares divagando,
Débil y fatigado me sentia
Blando sueño mis párpados cerrando.
Sentí que sosegado me dormia,
Sordo ruido escuchar creí al momento
Y ancho mar descubrió mi fantasía.
Ricas naves surcábanle sin cuento
Y amagaba con hora procelosa
Roncando sin cesar el raudo viento.
Miraba desplegada la orgullosa

Enseña de la reina del tridente,
Que dejada del Támesis la umbrosa
Orilla se avanzaba prepotente
De tesoros preñada y de riqueza
De labor y valía sorprendente.
De los hijos del Sena la grandeza
Mostrábase tambien, su Soberano
Fausto en rica y espléndida belleza;
El hijo de Parténope, el Hispano,
El Bátavo, la raza del Escita
Con los hijos de Otman, el Lusitano,
Y el pueblo numeroso que ora habita
De Colon las regiones dó ciñiera
Su corona que el tiempo no marchita.
En confuso tropel de la mar fiera
Al capricho y furor abandonados,
Medrosos, la negruzca cordillera
Que avanzaba en torreones agrupados
Miraban al bramido retumbante
Del trueno estremecidos y aterrados.
Viérades por dó quiera relumbrante
Ingenioso instrumento y aparato,
De los sábios concepto muy brillante,
Que el arte ejecutara con ornato:
Truena otra vez; estalla la borrasca
Embistiendo con férvido arrebato...
¿Viste frágil arista cual la tasca
Golpe del labrador, ó vaso fino
Que de un niño la mano débil casca?
Tal quebranta furioso torbellino
De altas naves la máquina altanera
Los destrozos sembrando en su camino.
En tamaña catástrofe aun entera
De la mar las llanuras ya bien solas
Una nave surcaba, y la primera
Que aguantara el embate de las olas.
Del arte los prodigios no brillaban
En ella ni pintadas banderolas;

Las ondas tormentosas aun bramaban,
Y en la nave, y en sueño sosegado
Muchos hombres noté que reposaban
Sin curarse del mar alborotado.
Yo admiraba tamaña maravilla,
Y una voz con acento reposado
Me dijo: «Si deseas á la orilla
Llegar salvo, no temas, vas seguro,
Duerme en paz en la pobre navecilla.»

UNA VISION.

FRAGMENTO.

Lóbrega noche! soledad sombría!
Ronco trueno á lo léjos retumbaba,
Relámpago fugaz iluminaba,
La tierra en sombras de pavor se hundia:
El huracan del bosque despedia
Pálida luz que apenas alumbraba,
Y un espectro allá en medio divisaba!
Se acerca, llega y trémulo decia:
«¡Oh tú, que sueñas glorias y ventura
A tu patria infeliz, al suelo ibero!
Llora, llora raudales de amargura,
Que llanto fué mi acento postrimero!
Atroz guerra verás, furor, locura
Hasta romperse el postrimer acero!»

. . . .

PREDICCION.

FRAGMENTO.

¿Visteis acaso el colosal imperio,
Que por siglos catorce permanece
Con altivez en pié; cual derribado
En el suelo yaciera, y cual ya crece
Otro árbol que en su puesto se ha plantado?
De ayer nacido muestra frágil rama,
Torbellino ya brama
Con furia en su contorno,
Cien puntales apoyan su flaqueza,
Y hay quien crea ¡imbécil! que es un adorno!...
Ay del dia fatal que con braveza
Soplare el huracan, fragoso estruendo
Seña será del choque tan tremendo.
Despliega sus riquezas ostentosa,
Levanta al cielo su radiosa frente
De los mares la reina soberana,
Orgullosa y lozana
Con cien pueblos que besan su peana.
Ella mira de Tiro el poderío
Con desden y desvío,
De Cartago la gloria,
De Venecia pujante
El renombre inmortal, cuando en victoria
Humillaba atrevida y prepotente
El pendon musulman con la bravura
Hermanando riquezas y hermosura.

. . . .

TRADUCCION.

¡Ah! no inspirar intentes á mi pecho
Sueños de amor, ni le hagas padecer,
Que el cielo tan sensible no le ha hecho
Para amar lo que debe perecer!

LA INQUIETUD.

Aquí dentro de nosotros
hay un inquieto resorte
que, cual busca siempre el norte
en sus giros el iman,
así siempre nos agita
con sinsabores secretos,
nos mantiene siempre inquietos
con desazonado afan.
Hasta en nuestros extravíos
buscamos siempre una cosa,
y nuestra alma no reposa
en viendo su resplandor:
afanosa va en pos de ella,
mas una sombra la ofusca,
el alma otra vez la busca
con mas afanoso ardor.
Y nos va siempre delante,
huye cuando la seguimos,
á nuestro lado la vimos,
locos lanzamos un ¡ay!
pronto tendemos la mano,
ante nosotros la vemos,

mas si tocarla queremos
encontramos que nada hay.
Como el niño que jugando
en aguas de fuente clara
ve la fruta que le es cara
retratada dentro allí;
y tambien allí posado
algun lindo pajarito
con su plumaje exquisito
de azul, oro y carmesí.
Mas como sea reflejo
de algun ramaje cercano,
el niño la busca en vano,
arena solo hallará;
sus delicadas manitas
en vano humedece y mira,
y lloroso se retira
porque el pájaro no está.

LA SOLEDAD.

Grato asilo del alma, que en angustia
sumida y en recuerdos dolorosos
se siente marchitar,
como el tallo y las hojas de flor mustia,
cuyo cáliz perfumes olorosos
no puede ya exhalar.
Verde arbusto mecido en la campiña
sin aroma, sin flores, sin adorno
mas place veces mil,
que afectados matices con que aliña
sus tablas, sus senderos y contorno
cultivado pensil.

Del arroyo que fluye adormecido
y murmura tal vez contra la orilla
mas grato es el rumor,
que en marmóreas labores embutido
entre estatuas de rara maravilla
sonante surtidor.

Blanda yerba tapiza como alfombra
las orillas del plácido arroyuelo
y brinda á reposar;
el árbol nos encubre con su sombra,
avecillas solazan nuestro duelo
comenzando á trinar.

En tanto que la urraca vocinglera
atraviesa los aires abrasados
por el rayo estival,
y á la entrada de angosta madriguera
asoma con sus ojos inflamados
sierpe descomunal.

Mas allá, de altos montes á la falda,
levantada del santo solitario
la lóbrega mansion;
alta peña asomando por la espalda,
dó resuena el acento funerario
ó el eco de oracion.

Y á lo léjos retumba la cascada
y el mugido del rio fragoroso
batiendo sin cesar
los costados de roca levantada
á la orilla, cual mágico coloso
parado á reposar.

Ya las selvas arrojan ondulando
sacudidas del viento con esfuerzo
prolongado mugir,
cual viene sonoroso rebramando
de borrascas preñado rudo cierzo
la mar á combatir.

Y allá dentro en golpeo acompasado
derribada sintiérades caerse

por robusta segur
vieja encina que el tiempo ha respetado,
que del suelo no pudo desprenderse
al empuje del sur.
  Sale ruda del fondo de las breñas
en altos y monótonos cantares
la voz del leñador;
lleva el viento sus ecos, y las peñas
y en la selva cercana los pinares
responden al cantor.

—

¡Soledad! ¡soledad! mas dulce al hombre,
que el insulso bullicio y la algazara
que de dicha con nombre
al mortal ese mundo presentara;
gratos son tus recuerdos,
con tu presencia cara
el pecho de consuelo se rocia
y la mente se eleva y se extasia.
  En tu seno deslízanse al humano
infelice las horas en la calma,
cual cesando en desierto el viento insano
mece el aura las hojas de la palma;
exhala allí tranquila
blando suspiro el alma,
grandiosa le rodea la natura
halagando sus penas y tristura.
  Con doseles de púrpura en contorno
¿qué valen los salones guarnecidos?
De oro, nácar, relieves, rico adorno,
¿qué valen artesones embutidos?
Del monarca el alcázar,
los arcos atrevidos
son polvo, nada, á vista de grandeza
que ostenta en soledad naturaleza.
  ¿Contemplasteis el cielo de la tarde
revestido de nubes y celajes,

cual gigantes que lucen con alarde
pintados y magníficos ropajes,
como mágicas selvas
con no vistos ramajes,
y negruzcos castillos y torreones
en hileras de ricos pabellones?
Con torrentes de llama ya rojiza
pasa el sol, y aquel piélago atraviesa,
le dora, le blanquea, le matiza
y le inflama cual vívida pavesa;
mas se inclina benigno,
deja la nube ilesa
tocando en el confin del horizonte
como hoguera en la cúspide del monte.
Y despues queda el cielo rodeado
de celajes á guisa de doseles
que guarnecen un fondo nacarado
entre esmalte de célicos claveles;
¿qué pueden ser entonces
los humanos pinceles
cuando bella y brillante la natura
despliega su riqueza y su hermosura?
Entonces arrobado siente el hombre
aquel himno que entona el firmamento,
y los ecos seráficos que el nombre
alaban del Autor de tal portento;
mientras que las estrellas
con brillo tremulento
ya del cielo la bóveda tachonan
y al Eterno otros cánticos entonan.
¡Qué sublime, qué plácido es sentarse
junto al pié de la roca solitaria,
y en alzados pensares espaciarse
elevando hasta el cielo la plegaria!
Entretanto la luna
como luz funeraria
va alumbrando la tierra que dormida
ni da seña que goce de la vida.

¡Amable soledad! mas apacible
que á nave que luchara con el cierzo
el sentir aquel aura bonancible
que las velas impele sin esfuerzo;
balsámica tú calmas
la desazon terrible
del mísero, que dicha ni reposo
no encuentra en este mundo proceloso.
Recostado en tu seno de blandura,
anegados en lágrimas sus ojos,
en consuelo conviertes su tristura
y en quietud agradable sus enojos;
que en aquesta morada
de espinas y de abrojos
¡infeliz! ¿quién esquivo te contempla
y en tu seno su espíritu no templa?
Que al hombre que te mira con desvío,
ni le place tu mágica tristeza,
y no siente un sublime desvarío
contemplando arrobado tu grandeza,
alma helada y mezquina
le dió naturaleza;
mal pulsara las cuerdas de la lira
que en sus manos heladas no suspira.
¿No sabeis dó tuviera sus visiones
el vate que derrama sus cantares
y arrastra en pos de sí generaciones
como el viento las olas de los mares?
¿Sabeis dónde bebiera
los sublimes pensares
que vertidos en canto peregrino
renombre le alcanzaran de divino?
Extraviado en las sendas del desierto,
esquivando ruidosa muchedumbre
cruza el valle de sombras encubierto,
de alto monte camina hasta la cumbre,
hasta que el sacro fuego
sus tinieblas alumbre,

cien mágicas visiones á porfía
desfilando en su mente y fantasía.
Cual de montes lejanos la cadena,
mil recuerdos se agolpan á su mente
en desierto de rocas y de arena
y del sol al rayar incandescente;
de Horeb, Madian el nombre
recuerda vagamente
y al pastor por la cólera proscripto
del ingrato monarca del Egipto.
Cuando tiende su manto negra noche,
cuando brota en el pecho la tristura,
cuando mustia la flor cierra su broche
revestida de luto la natura,
cuando murmura el viento
en honda sepultura,
y se ven los cipreses undulantes
como negros espectros de gigantes;
Él medita en los valles mas desiertos
á la sombra del árbol solitario,
penetra en las mansiones de los muertos
cual si oyera suspiro funerario,
mientras duerme en profundo
silencio el santüario
velado por dó quiera con las sombras,
cual de muerte con lóbregas alfombras.
Que al hombre diera el cielo un alma triste
que no sufre el bullicio de la orgía,
ni la nada que de oro se reviste
y afecta convulsiva la alegría;
es entonces el alma
como ardiente bujía
que en el aire su pábulo no encuentra,
se apaga si su llama no concentra.
El festin con su risa no amortigua
la pena de cuidados roëdores,
secreto sinsabor nos atestigua
que el placer aun aguza los dolores:

hermosa es la floresta,
bellos son sus colores,
un momento nos prenda su belleza,
mas el pecho se vuelve á su tristeza.
¡Soledad! ¡soledad! que al hombre elevas
de este suelo grosero y polvoriento,
tú que al genio engrandeces y le llevas
en alas de sublime pensamiento,
ya que en la mente tosca
no cabe tal portento,
cuando el pecho rebosa de amargura,
temple al menos su pena tu dulzura.

LA MUERTE.

¡Oh muerte! blando consuelo
de mi triste corazon,
melancólica ilusion
en mi pesaroso anhelo:
¡Qué fuera yo, si á mi lado
no te viera de contínuo,
cual cansado peregrino
que ve el camino acabado!
Cubierta con negro manto
aterrorizas al hombre,
y al solo mentar tu nombre
le cerca luto y espanto.
¡Temor necio, necio error!
que tan cruda no es tu mano,
y mil veces al humano
endulzas tú su dolor.
Y si en tremenda actitud
el hombre se te figura,
en profunda sepultura
arrojando un ataud,

Tu ademan tan espantoso
tal vez no le pareciera,
si en aquel ataud viera
al infeliz en reposo.
¿Qué es la humana crïatura
en esta tierra de duelo,
si de la muerte el consuelo
no endulzara su amargura?
¡Cuánto infeliz, si á vivir
la muerte le condenará,
de su vida se quejara
con doloroso gemir!
¿Qué fuera de madre tierna
que ha visto finar su amor,
si á su penar y dolor
viera duracion eterna?
¿Y qué de infeliz esposa
que á su objeto idolatrado
un azar ha arrebatado
cual huracan tierna rosa,
Viendo el tálamo nupcial
enlutado con pavor,
y en él cubierto su amor
con un velo sepulcral?
Ablanda su pena atroz
pensar finirá su vida,
y con su prenda querida
le unirá muerte precoz.
Calma negro frenesí
preso en hondo calabozo
al pensar con blando gozo
que al morir saldrá de allí.
Y el desvalido anciano
que el sepulcro de sus hijos
contempla con ojos fijos
moviendo trémula mano,
¿Quién acallara su llanto
si con su muerte cercana

no olvidara la temprana
que llora en duro quebranto?
Mas ¿y á qué salir de mí
para tu bien ponderar
¡muerte! y por qué no contar
lo que te debo yo á ti?
¡Ay cuántas y cuántas veces
de la mas cruel amargura
con ansia afanosa y dura
apurando estoy las heces!
Y mi rostro juvenil
baña lágrima encendida,
y de tan penosa vida
me quejo otra vez y mil.
Te me ofreces, tú, sombría,
y con tu dedo letal
me muestras luz funeral
que yo cercana no via.
Y apenas su vista alcanzo
y azulado fulgor miro,
un consolador suspiro
de mis entrañas ya lanzo.
Y de sombras al través
diviso cual un misterio
la alta cruz del cementerio
y la cumbre del ciprés.
Y al ver que negro ataud
está ya medio entreabierto,
se anima mi dedo yerto
y pulsa negro laud.
Y bañado de esperanza,
cual balsámico rocío,
suspira el corazon mio
en placentera bonanza.
¡Dios eterno! que la muerte
sea siempre mi consuelo,
que ella me recuerde el cielo
en los trances de mi suerte.

Que no quiero yo morir
con la muerte del impío,
y al morir ¡Salvador mio!
vuestra cruz quiero yo asir,
Y las llagas adorar
de vuestra imágen sangrienta,
y con mano tremulenta
á mis labios la acercar.
Y que calme mi temor
María con su sonrisa,
cual refresca leve brisa
al que sufoca el calor.
Y que al decir: «ya ha espirado...»
rece triste salmodía
comitiva tierna y pia
junto á mi cuerpo finado.
Y que al anunciar mi fin
plañidera campanada
recordando polvo y nada
á bullicioso festin,
De eterna felicidad
goce ya mi alma arrobada,
de ese mundo ya olvidada,
sumida en la eternidad.



EL ATAUD.

¡Cuándo será que yo pueda
libre de cuerpo pesado
el firmamento estrellado
cual saeta atravesar;
y en el seno del Eterno
creador de la natura
para siempre mi tristura
y mis penas olvidar!

Que en ese monton de polvo,
en esos mares de arena
donde arrastro la cadena
de una vida de dolor,
no encuentro sombra de dicha
ni un momento de reposo,
solo un ambienté ardoroso
que me ahoga de calor.
¡Ay de mí! si no sintiera
un latido de esperanza
de una eterna bienandanza,
que es premio de la virtud;
si no sintiera el consuelo
con que inunda el pecho mio
un suavísimo rocío
pensando en el ataud!

Dia vendrá, tal vez será mañana,
que yerto como el mármol de un sepulcro,
rodeado de luces funerales
finado yaceré.
El silencio reinando en torno mio,
los callados y lúgubres umbrales
al pisar de mi lóbrega morada
detendrá el hombre el pié...
¡Qué soledad! las luces vacilantes
reflejando sus trémulos fulgores
en mi rostro amarillo y marchitado
infundirán pavor:
Y si álguien me contempla estremecido
rezará por el alma del finado
en voz leve la fúnebre plegaria
bañándole el sudor.
Negro manto cubriendo mi cadáver,
con las manos cruzadas sobre el pecho
de amarillo y morado salpicadas,
la pupila sin luz:

Anublada la frente, las mejillas
denegridas, el labio amoratado,
envolviendo mis sienes pavorosas
el sombrío capuz.

Dará la hora que marca de la noche
la fúnebre mitad; hondo silencio
envuelto entre las lóbregas tinieblas
por dó quier reinará:

Oiráse empero de vez en cuando
el agudo graznido tremulento
del buho, que en vecino campanario
sombrío posará.

. . . .

PARTE CUARTA.

Á UN NUEVO CELEBRANTE.

Cubierto con augusta vestidura
Hácia el ara camina fulgorosa
Por la primera vez;
En sus labios respira un alma pura,
Pintados en su frente ruborosa
Candor y timidez.
Con divina armonía en alto cielo
El arpa de elevados querubines
Empezó á resonar:
¡El momento llegó!... ¿con áureo velo
Veis cual cubren su faz los serafines
En torno del altar?
¿Como absorto no veis cual su mirada
Está fija? las manos en postura
De férvida oracion:
Se dirige á la víctima sagrada;
Es un Dios escuchando á su criatura...
¡Cielos! ¡qué dignacion!
¡Oh! mil veces feliz, nuevo Escogido!
¿Tu corazon no sientes inundado
De gracias y de luz?
¿No percibes tiernísimo latido
Al sentir que tu pecho se ha bañado
Con sangre de la cruz?
No será en vano, nó: que en adelante
Palabra de salud y eterna vida
Tu boca verterá,
Y con habla tan dulce y penetrante,

Que balsámica gota sobre herida
Tan grata no será.
  Por tus manos la súplica del hombre
Entre nubes de incienso presentada
Será acepta al Señor;
De un Dios Trino invocado el Santo Nombre,
Romperás la diabólica lazada
A infeliz pecador.
  En sus penas dulcísimo consuelo,
En sus ansias la calma y la bonanza
Tú darás al mortal;
Y cual ángel bajado de alto cielo
Bañarás con la luz de la esperanza
La mansion sepulcral.
  Yo debo enmudecer, que dicha tanta
A expresar no bastaran mis acentos
Como ha cabido en tí.....
Cuando estés junto al Ara sacrosanta
Consumando el mayor de los portentos
No te olvides de mí.



LA CRUZ SOLITARIA.

  De salud señal augusta,
de amor plácido recuerdo,
esperanza del mortal
en esa tierra de duelo:
  Yo bendigo agradecido
la mano que en santo celo
te plantó aquí solitaria
en la mitad del desierto.
  Cubren tu base y tus brazos
los copos de musgo seco,

y otro musgo verde apunta
para cubrirte de nuevo.
Largos años ha que sirves
de consuelo al pasajero,
que la piedra de tus brazos
es consumida del tiempo.
¡Cuánto suspiro escuchaste
de afligido que el gran peso
de su pena aligeraba
imprimiendo en tí sus besos:
Del peregrino que pasa
agobiado de recuerdos
refrescando de su patria
los amables embelesos:
Del proscripto que divaga
errante con paso incierto,
separado de su esposa
y del fruto de amor tierno:
Del mendigo que tirita
de frio en el crudo invierno,
y que en estío ardoroso
sufre del sol el tormento:
Del vïajero extraviado
por incógnitos senderos,
sorprendido por la noche
aquí en medio del desierto!
Todos sienten un alivio
tus brazos en descubriendo,
á tu pié todos se paran
á meditar en silencio.
Todos te cuentan su cuita
esperando algun consuelo
del que muriera en tus brazos
en el Gólgota sangriento.
¡Oh Cruz! recibe tambien
de este oscuro pasajero
ese beso que te imprime,
muestra de homenaje tierno;

Mientras hundida la frente
en el polvo de tu suelo,
y doblada la rodilla
tu pié en mis brazos estrecho.
Una mirada benigna
por tí desde el alto cielo
dispénseme compasivo
el Autor del firmamento.

SAN JUAN BAUTISTA.

Salido ya del desierto
que deja por vez primera,
del Jordan á la ribera
un desconocido está:
¿Quién es? ¿cuál será su nombre
¿quién conduce su destino,
quién dirige su camino?
¿de dó viene? ¿dónde va?
Muy floridos son sus años,
y su faz amable y bella
marchita con cruda huella
de austeridad y rigor.
En sus ojos penetrantes
un fuego divino brilla,
y matiza su mejilla
de las rosas el color.
Una túnica cerdosa
forma su pobre vestido,
lleva su cuerpo ceñido
con un ceñidor de piel.
Jamás prueba pan ni fruto
ni cuanto al hombre alimenta,

de langostas se sustenta
y de selvática miel.
En su frente lleva escrito
un destino misterioso,
y su acento poderoso
empezando á resonar,
Marchan en tropel los pueblos
para verle con sus ojos,
y se le postran de hinojos
apenas empieza á hablar.



SAN PABLO EN EL DESIERTO.

Allá... dó pára el águila su vuelo,
¡él es! en lo mas hondo del desierto,
cual si oyera un angélico concierto
arrobado en celeste inspiracion:
hincado de rodillas en el suelo,
la diestra mano levantada al cielo,
la otra en el corazon.
¡Qué célica dulzura siente el alma,
cuando miro su barba plateada
sobre el pecho, cual cándida nevada
que la copa del árbol blanqueó;
y al contemplar su túnica de palma
y aquella paz y placentera calma
que un siglo no alteró!
¡Gran Dios! y transcurrieron ya cien años
que dejando del hombre la vivienda
tomara del desierto angosta senda
para hundirse en olvido sepulcral!
Hollando el falso brillo y los engaños
y el seductor halago y los amaños
de serpiente infernal.

Ya en la hoya del sepulcro se sumiera
generacion entera de mortales,
cual del árbol el tronco y los ramales
en sima que cavaran á su pié,
ó la hoja que llevó corriente fiera
sobrenada un instante en la ribera
y luego no se ve.

Y cual árbol de raza peregrina,
por el hacha del tiempo respetado,
envejece en un valle retirado
extendiendo sus ramas por dó quier;
y á su pié yace ajada y blanquecina
bella flor que se abriera purpurina
y encantadora ayer.

¡Oh santo Solitario! ¡á cuál altura
se encumbra tu sublime pensamiento
cuando miras el vasto firmamento!
¡Pudiérame contigo levantar
contemplando arrobado la natura
y al supremo Hacedor en su luz pura
á tu lado adorar!

Que tal vez quebrantadas las cadenas
de ese mundo de duelos y pesares
no fueran tan crueles los penares
y el desierto templara su amargor;
que no son las campiñas mas amenas
dó al mortal la amargura de sus penas
se convierte en dulzor.

Cual vaga pensativo y solitario
del hogar patrio el infeliz proscrito,
y le aplace mas bien prado marchito
que el verdor y las flores del jardin;
y en el monte aislado campanario,
ó el silencio de oscuro santüario
que el reir del festin.

Contigo yo subiendo
á la cresta del monte

viera del horizonte
el vasto pabellon,
que con mano potente
al aire desplegara
y de luz le bañara
allá en la creacion.
Y de rosas orlado
al bello sol naciente,
despues con rayo ardiente
abrasando el zenit,
y en pos aura mas pura
en soto umbroso y frio
en caluroso estío
el fruto de la vid.
Cuando en noche serena
el astro de consuelo
blanco y sombrío velo
tendiera sobre mí,
al oir tus suspiros
hincara la rodilla
celeste maravilla
para admirar en tí.
Tus ojos chispearan
con fuego reluciente,
como en la fragua ardiente
centellea el metal;
y tu frente marchita
cobrara su frescura,
cual la mustia natura
con sol primaveral.
Como herido del rayo
cayera yo en el suelo
al ver con raudo vuelo
descendiendo veloz
al ángel del Eterno
que junto á tí posara,
absorto yo escuchara
que te habla en leve voz.

Y al levantar mis ojos,
sus alas plateadas
tendiera matizadas
de azul y de carmin,
el mas fragante aroma
sintiera en torno mio
perfumado rocío
de celeste jardin.

En tu gruta descanso
me diera sueño manso,
cual á marchita flor
en noche del estío
suavísimo rocío
refresca su calor.
Que el musgo de tu techo
y la hoja de tu lecho
mas me pluguiera á mí,
que arteson de oro y nácar embutido
y el lecho ricamente guarnecido
con oro y carmesí.
El rayar de la aurora
no fuera como ahora
empezar á gemir;
cual oye con dolor que ya resuena
el cautivo la bárbara cadena
sus ojos al abrir.
Si del sol á los rayos ardorosos
ronco silbo repite la cigarra,
y el arenal escarba con su garra
abrasado de sed fiero leon,
buscara sitio umbroso
de himno sagrado al son:
Y al ver la brava fiera que se avanza
con su lengua colgada por la arena
con furor sacudiendo la melena
y rugiendo al mirar dó me hallo yo;
el temor no alterara mi templanza,

que tuviera fijada mi esperanza
en Dios que le crió.
Al pié de roca ardiente
bebiera en fresca fuente
cual hijo de Israel,
y la amargura acerba
de selvática yerba
se me trocara en miel.

¡Vano soñar! que el pabellon salvaje
veo ya dó estampaste tu pisada,
y por el aire libre desplegada
la tienda de los árabes flotar,
cual el ave que pára en el ramaje
y que esquiva se esconde entre el follaje
y echa luego á volar.
Y de allí, dó dejando térrea esfera
volara á las regiones de lo inmenso
tu oracion mas fragante que el incienso,
mas pura que los rayos de la luz,
veo arrancar con mano impía y fiera
del mortal la esperanza postrimera,
del Salvador la cruz.
Y si el viento en borrasca abrasadora
arranca del desierto las entrañas,
revolviendo de arena las montañas,
como el dia en que el mundo finirá,
de Meca al impostor postrado adora
y tremebundo y fervoroso implora
al profeta de Alá.
Al viajar por el mágico oriente
rebosando en recuerdos el cristiano,
aun señala mil veces con su mano
dó brillara sublime tu virtud;
y al volver á su patria, al occidente,
con el pecho en hervor y orlada frente
te consagra el laud.

Diérame un ángel lira resonante,
los arrobos extáticos del poeta,
ó la lengua de fuego del profeta,
ó su cítara de oro y de marfil,
sacro fuego brillara en mi semblante,
la sien ceñida de laurel fragante,
cantara veces mil.
Ora nó; que no puede el laud mio
aspirar orgulloso á tanta gloria,
solo puede á su vate la memoria
con su débil acento recordar
despreciando la mofa del impío,
cual de insecto que zumba en el estío
el sordo susurrar.



LA ORACION DE JESUS

EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ.

Era la noche lúgubre y sombría,
La luna en la mitad del firmamento
Pálida cual antorcha de un sepulcro
Dó un monarca reposa en el silencio.
La ciudad y sus torres encumbradas,
Sus baluartes, alcázares y templo
Confundidos en grupo tenebroso
Parecian cual fúnebres espectros,
Que en las sombras de noche tenebrosa
Desplegaban sus miembros gigantescos,
Despidiendo cual feble llamarada
Sus metales tal vez algun reflejo.
Del Cedron la corriente murmuraba,
Del valle respondïanle los ecos,
Las tumbas de los reyes parecian
Exhalar algun lúgubre lamento.

Soplo leve con ala tremulosa
Del olivo las ramas va meciendo,
Y en el suelo tres hombres en un grupo
Descúbrense rendidos por el sueño.
Mas allá... no muy léjos, cuanto alcanza
De una piedra arrojada el breve trecho,
Inmóvil en humilde compostura,
Hincado de rodillas en el suelo,
Orando con plegaria fervorosa,
De amargura inundado el triste pecho
Á la vista del cáliz dó rebosa
La justicia terrible del Eterno,
Desahoga su pecho apesarado
Al Padre dirigiéndose muy tierno:
«¡Oh mi Padre! traslada, si es posible,
Ese cáliz, traslada; mas no quiero
Se haga mi voluntad, sino la tuya.»
Dijo así, y otra vez en el silencio
Sumergido apuraba la amargura
Del cáliz mas terrible y mas acerbo.
Entretanto no olvida su ternura
Á sus tres compañeros predilectos;
Levántase, se acerca, y dulcemente
Les exhorta á que velen un momento:
«¿Ni una hora siquiera no pudisteis
Conmigo vigilar?» esto diciendo
Tocaba blandamente con su mano
La frente del carísimo mancebo,
Que en la cena dormia recostado
Sobre el pecho amoroso del Maestro.
Al tacto de la mano estremecido
Con susto y sobresalto está despierto,
Conoce de Jesus la compostura,
Conoce los dulcísimos acentos,
Respóndele con plácida sonrisa,
Y le embarga otra vez el blando sueño.
Indulgente los deja en el descanso,
Y se aparta el mansísimo cordero,

Y otra vez comenzando su plegaria
Invoca fervoroso al Padre eterno.
¡Qué pensares se agitan en su mente!
¡Qué angustias pesarosas en su pecho!
¡Qué congojas mortales, qué agonía
El alma le destrozan! ¡qué sangriento
Y copioso sudor el sacro rostro
Le inunda, y en arroyos hasta el suelo
Discurre! ¡Cuál se ofrecen á su mente
De un pérfido discípulo el proyecto,
Del Gólgota la cumbre pavorosa,
Y la muerte afrentosa del madero,
Y el escarnio y la burla del soldado,
Y el insulto feroz del fariseo,
Y el dolor de una madre, que llorosa
Sin encontrar alivio ni consuelo
Andará confundida entre oleadas
Aullidos de furor de un pueblo ciego
Escuchando, y el ruïdo de las armas
Que suenan con estrépito, y sufriendo
El empuje brutal de cruda lanza
Que acercarse la veda con desprecio!
El negro porvenir en tanta angustia
Despliégase preñado de sucesos,
Que de sangre tan pura el sacro fruto
Desperdician con crímenes horrendos.
¿Veis? ¿no veis cual la túnica inconsútil
Destroza de un sacrílego y soberbio
El vano cavilar, y cómo el orbe
En su astuta maraña se ve envuelto?
Y pueblos numerosos, que de opaca
Noche á la bella luz del Evangelio
Son llamados, bebiendo incautamente
El sutil y mortífero veneno,
Larga série preparan de desastres
Y penas á la Esposa del Cordero.
De entre escombros de escuelas destruïdas
Renacen, cual pestíferos insectos,

Los delirios febriles que apellida
El hombre los portentos de su ingenio.
¡Ay! que rasga su pecho dolorido
El mirarle que túmido y soberbio,
Del saber ostentando el aparato,
Orgulloso se sienta de alto templo
En la sede; con pompa revestido
De sagrados y augustos ornamentos
Enarbola la enseña del orgullo
Arrastrando en tropel á tantos pueblos,
Que por aleves silbos extraviados
Desoyen la palabra y los consejos
Que llorando tan hondo descarrío
Les dirige la Cátedra de Pedro.
¡Ay! aparta tus ojos, no los mires,
Que bastante padece ya tu pecho,
De Occidente desvia esos tus ojos,
No los mires; que rompen con desprecio
Tus lazos mas sagrados, y hasta olvidan
De tu amor el tiernísimo recuerdo
Que en la noche ¡ay ingratos! has dejado
Que precedió á tu muerte de tormentos.
A tanto padecer abandonado
¿Es posible te deje el alto cielo,
Sin muestra que siquiera algun instante
Te dé alivio en penares tan acerbos?
Nó; que el ruego amoroso que diriges
Al Padre celestial, en cuyo seno
Engendrado tú fuiste, elevaráse
Á las gradas del trono del Eterno.
De entre nubes, que el cielo encapotado
Mantiene, se desgaja con portento
Un grupo que semeja la peana
De algun ángel, celeste mensajero.
Nube oscura, cual manto de tristeza,
Despide debilísimo reflejo,
Que descubre de noche entre las sombras
Al que envia á la tierra el alto cielo.

En su frente se pinta la tristeza,
Cual víspera que encubre un dia bello;
Mas la calma que muestra en su semblante,
Su mirar de respeto y amor tierno
Manifiestan que lleva algun mensaje
Que al dolor podrá dar algun consuelo.
Hincada la rodilla se prosterna
Y abatida la frente besa el suelo,
Que contempla regado con la sangre
Que sudara el mansísimo Cordero.
Ya despliega sus labios: ¿qué le dice?...
Retírate, mortal; mantente léjos,
No pretendas saber lo que decia
En trance tan amargo y tan tremendo
El Angel confortando al que crïara
Al ángel y la tierra con el cielo.



Lustra sex qui jam peregit.....

TRADUCCION.

Los seis lustros ya cumplidos,
dió por fin hora terrible,
y tranquilo y apacible,
cual cordero, el Redentor
de su voluntad se entrega
á la merced del tormento
sobre un madero sangriento
en holocausto de amor.
Espinas, clavos y lanza
le atraviesan á porfía,
dánle hiel en su agonía
para mas le atormentar;
agua y sangre va manando

de su cuerpo desgarrado
para bautismo sagrado
del cielo, de tierra y mar.
En gérmen, en flor y rama,
oh Cruz, tú sola descuellas,
las arboledas mas bellas
nada presentan de igual:
¡oh dichoso el hierro santo,
dichoso el leño cargado
con aquel peso sagrado
de su cuerpo divinal!
Encorva ¡oh leño! tus ramas,
ablanda tu contextura,
y esa rigidez tan dura
suaviza un momento, ¡oh Cruz!
y los miembros en tu tronco
tiende con dulce blandura
del Autor de la natura,
del Dios que crïó la luz.
Solo tú la digna fuiste
que en tus brazos padeciera
el Cordero que muriera
de los hombres por amor:
y tú fuiste el arca santa
en diluvio de pecado:
¡dichoso el leño bañado
con sangre del Redentor!

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
resuene un eterno canto
en alma Jerusalen.
De la Trinidad el nombre
con profundo acatamiento
alabe en eterno acento
todo lo crïado: Amen.

ORACION DE JEREMÍAS

que empieza: Recordare, Domine.....

TRADUCCION LIBRE.

Acuérdate, oh Señor, de tal quebranto,
Compasivo contempla nuestra afrenta;
A manos extranjeras
Nuestros campos, viñedos y praderas
Pasaron con violenta
Y feroz empujada:
De nuestra casa, plácida morada
Dó felices vivimos largos años,
Arrojados por huéspedes extraños,
Huérfanos nos quedamos, sin consuelo,
De una madre enlutada con el duelo.
Hasta el agua que brota
Abundante compramos con moneda,
Y el leño combustible,
Que allá en tiempo dichoso y bonancible
Desdeñosos cogiéramos cual greda;
Tirados cual feroces animales
De la cerviz por secos arenales
Vamos cual hato manso;
Y si algun infelice fatigado
Desfallece postrado,
Crüeles le atormentan sin descanso.
Hambrientos, con penosa servidumbre,
Del egipcio y asirio á duras penas
De pan algun bocado
Desdeñoso nos vemos alargado
Despues de pesadísimas cadenas.
¡Ah Señor! nuestros padres delinquieron:

Ellos no son; lo que ellos merecieron
Sufre su descendencia.
Altivos y protervos
Con villana insolencia,
Ya señores, nos vejan nuestros siervos.
Lloramos! no hay clemencia
Que nos libre de males tan acerbos.
Siempre con cruda espada
Que amagaba tronchar nuestras cervices,
Marchando por desiertos espantosos,
Hambrientos, sudorosos,
Devorábamos pan: ¡ay infelices!
La faz pálida y mustia,
Secada nuestra piel como en un horno,
Consumidos del hambre y de la angustia,
Y los ojos hundidos,
Y como carcomidos,
Estúpidos y errantes en contorno;
Y para colmo ¡guay! de tantos males
Vimos nuestras doncellas,
Nuestras esposas bellas
Entre manos feroces y brutales.

. . . .

SALMO ~~103,~~ 164.

que empieza: Benedic, anima mea, Domino.....

TRADUCCION LIBRE.

Bendice, oh alma mia, al Dios de gloria;
¡Oh Señor! ¡cuán sublime es la grandeza
De vuestra majestad! De alma belleza
Y de luz cual magnífico ropaje
Esplendente ceñido,
Cual pabellon los cielos desplegaste,
Y sobre el firmamento
Las aguas cual cristal atesoraste;
Son nubes tu magnífica carroza;
De los vientos las alas cabalgando
Mandas y al punto acuden á tu mando
Tus ángeles mas rápidos que el viento,
Cual centellas ardientes;
Á la tierra le diste el ancho asiento:
Del nivel que le diste
Moverla no podrán siglos sin cuento.
Hubo un dia, que en negro abismo envuelta
Estaba cual un fúnebre vestido;
Y las aguas del monte mas erguido
Se ocultaban al son de tu amenaza,
Pavorosas huyendo
Del trueno que les lanzas con tu mano;
Ondulan las montañas
Y se extienden despues en hondo llano.
El linde por tu diestra señalado
No pasarán; cual cerco las encierra,
Ni otra vez inundar podrán la tierra.
Por sendero admirable las conduces

En la entraña del monte, fresca vena
Atraviesa de peñas la cadena,
Y en valle retirada
De la roca filtrándose destila,
Y formando arroyuelo
Cual líquido cristal mana tranquila.
Allá se abreva el animal cansado,
Y la fiera sus fauces abrasadas
Refresca allí tambien; cerca posadas
Las aves bulliciosas
Desatando sus cantos peregrinos
En medio de las rocas
Exhalan sus gorgeos y sus trinos.
Con lluvia sazonada el seco monte
Tú riegas y fecundas la llanura;
Con su fruto en sazon á tu criatura
Alimento abundante le preparas,
Heno para el jumento;
Con próvida bondad para el humano,
El pan blanco y sabroso
En la yerba que crece con el grano;
Ni basta á tus cuidados paternales
Darle pan que le nutra y robustezca;
No sea que su pecho desfallezca,
De la vid en el jugo vigoroso
Grato licor encuentra
Que le torna jovial y confortado;
Y oloroso perfume
En balsámico arbusto preparado,
Alto cedro del Líbano sus ramas
Extiende con el jugo que derramas
En el suelo que nutre sus raïces;
Y hasta el árbol humilde
En el campo demuestra lozanía,
Y el nido de las aves
Ondea con ufana gallardía.
Á la abeja cual guia se adelanta
Encumbrando su nido la cigüeña;

Y en la honda hendidura de la peña
El erizo medroso se agazapa;
A las altas montañas trepa el ciervo
Con rápida corrida,
Y entre quebrados riscos
Allí encuentra segura su guarida.
Cual péndulo la luna de los tiempos
El girar nos señala con su paso;
Seguro marcha el sol hácia el ocaso
Cual andante que sabe su camino;
Viene la noche oscura,
Abandonan las fieras la maleza,
Y el leoncico hambriento
Sale al campo rugiendo con braveza,
Cual si á Dios su alimento demandaran;
Viene el dia, y acuden presurosas
En tropel á sus cuevas tenebrosas.
Sale el hombre tranquilo á su trabajo
Hasta volver la noche.
¡Cuán grandes son, Señor, de vuestra mano
Las obras! ¡qué concierto,
Qué riqueza y designio soberano!
Grande el mar, extendidos son sus senos,
Cien bajeles ya cubren su llanura,
Y en sus aguas divagan sin mesura
Varïados vivientes y sin cuento,
Y junto al pececillo,
Que chispea y reluce en sus cristales,
Retoza un mónstruo horrible
Sacudiendo sus miembros colosales;
Y todos de tu próvida largueza
Esperan ¡oh Señor! el alimento:
Derramas de tu mano su sustento,
Lo recogen, y quedan sacïados.
Mas si tu faz benigna
Apartares, turbados desfallecen,
Espiran, y en el polvo
Otra vez confundidos desparecen.

Mas si envias tu soplo poderoso,
Cobra el polvo la vida y ser la nada.
Su faz mira la tierra renovada,
Que loado seas siempre por tus obras;
El monte de tu planta
Solo al contacto enciéndese y humea,
Y á tu sola mirada
Se estremece la tierra y bambolea.
Del Señor cantaré las alabanzas
Mientras viva, dichoso si me diera
Que mi loa le fuese placentera;
Mi mas grata delicia es el Señor;
De la tierra el malvado
Desparezca y el hombre corrompido:
Yo de Dios nunca, nunca
La santa loa dejaré en olvido.



HIMNE:

JESU, CORONA VIRGINUM.....

TRADUCCIÓ.

Jesús, que de Verge pura
naixer volguereu aquí,
sens desllustrar la hermosura
de la estrella del matí:
Cenyit de gloria admirable,
al cor de vérges brillant
as donau premi inefable
de sa puresa constant.
Ellas ab casta alegría
lliri sembran olorós,
y ab dulcísima armonía
cantan himnes al Espós.
Dignauvos oir propici
nostras súplicas, Senyor;
que ni 'l pensament del vici
contamini nostre cor.
Digan gloria eternament
justos y ángels en son cant:
gloria al Pare Omnipotent,
gloria al Fill y Esperit Sant.

AMEN.

ÍNDICE.

PARTE TERCERA.

PARTE CUARTA.

PAG.

ERRATAS.

PÁG.	DICE.	LÉASE.
39.	abandono?	abandono? —
id.	todos.	todos. —
48.	pegues	peques

